



**PLVS
VLTRA**

SUPLEMENTO DE "CARAS Y CARETAS"

MARZO, 1916

AÑO I.
NÚM. I.



EL JURADO ESTUDIANDO EL FALLO

OLEO DE JUAN MANUEL BLANES



La felicidad más grande de la mujer, consiste en saber que su hogar está libre de padecimientos físicos, y que, tanto ella misma, como cuantos la rodean, están sanos.

IPERBIOTINA MALESCI

el tónico de los nervios y de la sangre, más poderoso y más fácil de tomar; hace hogares felices, porque hace hogares sanos.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)

VENTA EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS

O. MONACO, Único Concesionario-Importador en la República Argentina, VIAMONTE, 871 - Buenos Aires.

NOTA. — No habiéndose mínimamente alterado el precio de la IPERBIOTINA MALESCI, no debe pagarse precio superior de lo que comúnmente se ha pagado.

Remates en silencio.

En Holanda se ha puesto en práctica últimamente, en los grandes remates de huevos, que en ese país son muy frecuentes, un aparato eléctrico que impide las confusiones y las disputas sobre si Fulano hizo o no hizo una postura, y permite que los antes bulliciosos remates se lleven a cabo en silencio. El silencio en un remate, tiene toda la apariencia de una paradoja; ya que parece imposible que se pueda rematar algo sin hablar; sin embargo, los holandeses, pueblo callado y tranquilo, han realizado esa paradoja, que juzgarían irrealizable nuestros parleros rematadores y su no menos parlero público. El aparato en cuestión se llama el «rematador eléctrico». Los huevos se venden en lotes, numerados, de dos mil quinientos. A cada uno de los interesados se le da un asiento que también está numerado. El rematador se coloca en un estrado, al lado de una como esfera de reloj, en la que hay marcadas cifras



El Rematador Eléctrico Holandés.

que corresponden a los posibles precios de los huevos, desde el más alto hasta el más bajo. Al lado de la esfera, un tablero con números, correspondientes a los números de los asientos. Empezado el remate, el puntero de la esfera empieza a girar, desde el número uno. Los interesados están atentos. Cuando el puntero llega a la cifra que le conviene a alguno, toca un timbre eléctrico que hay en el brazo de su sillón, suena una campanilla y el puntero se detiene, al mismo tiempo que en el tablero aparece en negro el número correspondiente al del asiento del que ha tocado el timbre. Pasado un momento, el puntero de la esfera vuelve a moverse, y se repite la operación hasta que las puestas cesan, y el rematador dice en voz alta el número del lote, el del comprador y el precio. Después de lo cual, el silencio vuelve a reinar entre los flemáticos holandeses, que rematan huevos sin hablar.

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO



Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTÓMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. "STOMALIX" Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TÓNICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. "STOMALIX" debe ser su compañero en la mesa. Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66, Buenos Aires.





Paris femenino

El heroísmo de la elegancia. — Nonadas que lo son todo. — El cronista y la Moda. — Recuerdos. — París sigue siendo nuestro París de siempre. — Detalles y precisiones. — Los últimos «potins». — El Amor solloza.

(Expresamente para PLUS ULTRA)



— Genio y figura — reza un proverbio español — hasta la sepultura... y si esta permanencia del carácter humano, obstinado en conservar sus cualidades y sus defectos a través de todas las vicisitudes de la vida,



es cosa, por evidente, innegable, cuánto más definitiva e inalterable por todos los reactivos de la educación o de la voluntad, no ha de ser la cristalización de ese diamante llamado *lo eterno femenino*: diamante al que debemos toda luz de ilusión y todo reflejo de azul, nosotros los hombres, que aun somos, en nuestra ingratitud, capaces de maldecir los divinos destellos, cuando nos ciegan, como si el abrazar fuera culpa del fuego y no del im-

prudente que se acerca demasiado a él... Convenido esto, y ya que es la coquetería esencia misma de *lo eterno femenino*, ha sobrevivido al Diluvio en primer término, y en segundo lugar a todas las grandes hecatombes que afligieron a la humanidad, ¿qué de extraño tiene que ni las huestes germánicas, ni aun las mismas bombas de los *zeppelins* acierten a turbarla?... Y créeme, encantadora mujer que me escuchas: vista de cerca y en el instante del peligro, causa admiración muy grande esa brava *crânerie* con que las mujeres de acá supieron lucir sus más bellas *toilettes* bajo la metralla de las naves aéreas del kaiser... Esta sublime coquetería, *face à la mort*; este heroísmo de la elegancia, derrochado por las parisienses, nos produce — y te producirá si le contemplaras — una sensación estética tan profunda, tan solemne (¿por qué no decirlo?) como aquel bello y postrer gesto de Petronio, o como esta suprema *rêcherche* que hace que los oficiales de Joffre vistan sumas flamantes uniformes cuando les llega la hora de marchar al asalto, camino de la victoria o de la muerte...

En nada de esto pensaron, ni por asomo, las escandalizadas damas que anatematizaron el gentil desenfado de las siluetas dibujadas por Hérouard, y la imperturbable y soberana elegancia de las *mannequins* vestidas por los «faiseurs» de la Place Vendôme o de la Rue de la Paix... Mas en todo esto pensamos ahora tú y yo, señora mía, al correr de esta charla con la que tú me honras y con la que yo trato de decir, a tus pies, un mundano comentario de femenina actualidad...



Este discreto nos ha conducido, de la mano, hacia el tema de la moda actual... La moda... ¡Palabra de abracadabra!... ¡Mágica cifra!... ¡Conjuro que transforma los seres y las cosas, y que salva los espacios, al modo de aquel alado *effrit* de los cuentos de Sheherazada!...

Pero, ante todo, ¿puede un cronista hablar en serio de la moda? — ¡No!... ¡Cien veces no! — responderá el pequeño, el ínfimo «superhombre» contemporáneo, saturado de filosofía kantiana y de pesimismo nietzscheano, y abstraído de la vida *terre à terre*... Mas yo, desconocida interlocutora, me contento con ser, sencillamente un hombre, y amo con ferviente amor todos los pequeños aspectos de la existencia: en ellos, mejor quizás que en las difíciles alturas, me aparece esa eterna armonía de la Verdad y de la Belleza que está en todas las cosas y que torna todas las cosas amables para los que, por nuestro bien, tenemos el alma humilde, ingenua y enamorada, de un Schelley o de un Francisco de Asís...

He de confesar, pues, sin rubor, que la moda femenina me interesa prodigiosamente, ya que prodigiosamente, también, y más que nada en el mundo, me interesa la mujer, y la moda es a la mujer lo que el marce al cuadro; lo que el ambiente a la sinfonía; lo que el engarce a la perla...

Hablemos, pues, de la moda, y sigamos a esta hada moderna en su inquieto peregrinar por los más extraños reinos de la fantasía.

Augurábase, allí en los primeros tiempos de la guerra, que el mismo gigantesco conflicto que había de transformar el mapa de Europa, transformaría también, y en primer término, las costumbres de nuestra sociedad, y pondría inmediato y definitivo coto al lujo y a la ostentación.

Por lo tanto, hubo una hora en la cual pudimos temer que París dejara de ser nuestro París de antaño, para trocarse, hogaño, en un inmenso retiro conventual.

— Veréis — nos decían los graves dispensadores de estas predicciones... — veréis a las parisienses, ensombrecidas y contritas, abandonar para siempre sus locas extravagancias de pagania, para volver a la severidad y aun a la negligencia de apostura que, en renunciamento a todo bien terrenal, adoptaron las tristes y amargadas mujeres del año Mil... Veréis aparecer las rígidas túnicas de jerga opaca y obscura, fieles evocaciones de los hábitos de las penitentes... Veréis el imperio de las faldas que os vedarán la pecadora gracilidad del pie... Veréis el reino de las pelerinas que han de borrar — anegándolas en la obscuridad de los pliegues *talares* — los tentadores relieves del busto... Y, en fin, veréis ocultarse los rostros brujos, bajo el espesor de los velos inclementes...

Angustiadlos, nos preguntábamos entonces: — ¿Será cierto que hemos de ver tales cosas? — Es, pues, llegada la hora del Apocalipsis?

No tardaron las mujeres en respondernos: — Hombres de poca fe, ¿por qué dudáis? — nos dijeron... Y sonrientes, eternamente sonrientes, prosiguieron su armonioso caminar por las sendas floridas, que son las del amor, las de la gracia, las de la frivolidad...

Así vimos la moda guerrera, ya lejána; la privalanza de los *tailleurs* Tommy y de las tocas *highlanders*; el favor de los galones y de los emblemas militares bordados sobre los cuellos y las bocamangas; las faldas, tan breves como amplias, que al menor soplo de



un aire malicioso, o al menor gesto fuera de ritmo, descubrían, sobre la alta media, los encantos de un buen palmo de media tendida en clara transparencia sobre la fina, ebúrnea y nerviosa pierna...

Pero todo esto, que es de ayer, es ya muy viejo... ¡Corre el tiempo de tal modo para esa femenina fantasía que es pluma al viento!...

La moda guerrera pasó, porque la guerra ha durado más de un día, y luego de aquel *engouement* un poco paradójico en nuestras bellas, por ser un poco viril, la feminidad, la extremada feminidad parisiense tornó a las sutilezas de su elemento: sedas, gasas, armifios, gabardinas, «taffetas», batistas y tulos; y de la intensa pasión hacia la *toilette-uniforme*, sólo algún que otro detalle aislado, — tal cinturón o cual bolsillo, — logró subsistir. Hoy la moda puede resumirse en esta fórmula sabia: evitar la ostentación — que en la hora actual sería un insulto para los desdichados — y usar, y aun si se quiere abusar, discretamente, de ese lujo que para la mujer de París es tan necesario como el aire que respira...

Dentro de esta ley general, admítase el más grande eclecticismo. Las faldas cortas, de rigor, varían según el gusto de quien las viste, y así pueden llegar al tobillo o detenerse a veinte centímetros por encima de él; y la amplitud de estas *jupes*, que en algunos casos de modestia se contentan con cuatro metros de circunferencia, excede a seis y aun ocho metros en no pocas ocasiones. Los cuerpos, lisos, moldean el busto libre de corsé, o apenas sostenido por una cintura, y las *encolures* se abren tan pronto sobre el pecho, en audaces escotes, como cierran luego, tímidamente, el cáliz todo albura de un alto cuello de *lingerie* ceñido a la garganta... Las túnicas han dado al traste con la blusa tradicional, cuya desaparición es una de las características de la moda presente; y la piel, rica *fouffure* o modesto *lapin*, constituye el adorno casi exclusivo de cuellos, mangas u orlas de los bajos... Los abrigos, ajustados levemente hasta la cintura, prendidos a ella por las militares *pattes*, o por el aún más belicoso cinturón de cuero charolado, caen luego en múltiples *godets*, formando una alrosa y ondulante campana, que en su mudo valvén, marca el ritmo leve y breve de la marcha. El abrigo de cuero flexible, — íntegramente de cuero, — ya blanco, ya rojo, ya gris-humo, ya violeta, es creación, del todo *reussie*, lanzado por una gran casa de la Rue de la Paix... Y, en fin, los sombreros pequeños, diminutos, hechos para poder ser compatibles con los altos cuellos de esos abrigos, sin que bajo unos y entre otros desaparezcan los rostros, completan este apunte de la mujeril silueta *bien parisienne*, en este año 1915-1916, que no es precisamente de gracia...

Antes de dar punto a esta charla, durante la cual puse a prueba tu angelica paciencia, permíteme, lectora, que te haga saber los últimos *potins* que en este momento apasionan al París femenino y pariero. Trátase de la ruidosa *gaffe* cometida por la segunda esposa de Mr. Wilson, y trátase también del fulminante decreto con que el general Gallieni prescinde, — cortés pero inexorablemente, — de los servicios más poéticos que prosaicos, y por ende más imaginarios que reales, prestados por las damas del *Grand Monde* en los hospitales militares.

La nueva «Presidenta» de los Estados Unidos sembró la alarma y la discordia en el Sindicato de la Costura Parisiense, al confiar a un agente alemán, — más o menos naturalizado *yankee*, — la misión de comprar las *toilettes* de su equipo nupcial...

De aquí una corriente de indignación que ha estremecido los estatuarios pechos de las *premières* y de los *mannequins*, desde la Place Vendôme a los Campos Elíseos, pasando por la Rue de la Paix, la Opera y la Magdalena... Y de aquí, también, la escisión producida en el seno del citado Sindicato, que entiende preacindir de todo intruso y de todo *indésirable*, y que se alza, *à cœur*, contra la absoluta falta de tacto mostrada por la ilustre señora que, de hoy más, comparte las eternas indecisiones, las inefables mansedumbres y la inútil retórica del doctor Wilson...

En cuanto a la severa medida adoptada por nuestro ministro de la Guerra, al desterrar de las ambulancias y de los hospitales de sangre a las aristocráticas enfermeras, se dice... — ¡perpetuo y maldiciente se dice! — que algunos exagerados idillos, entre ciertos heridos demasiado *convalescentes* y ciertas «ambulanciéres» demasiado solícitas, motivaron tal y tan duro rigor... ¡Triste suer tel... Pero es fama que así como el amor fué, en tiempos pasados, credo y sostén de los paladines, en los días presentes el niño arquero se ha trocado, para los luchadores, en pérfido y ensoñador consejero de reposo y de paz... Y, según parece, los jefes aliados no consienten que por ahora se hable en Europa de cosa que no sea la implacable actividad de una guerra a muerte, sin tregua, sin cuartel, sin perdón posible...

Braman, pues, los cañones... Arrencia el huracán de fuego... Y acogido al triste, al nostálgico silencio de las alcobas desiertas, el Amor solloza...

ANTONIO G. DE LINARES.

Paris, enero de 1916.

Dib. de Ribas.





GRAN EXPOSICIÓN DE
MENAJE
A LA CIUDAD
DE LONDRES

C. DELLEGRIINI Y CORRIENTES



CONFERENCIA CIENTÍFICA

Un miembro de la Sociedad de Arqueología, demostrando la manera que empleaban los hombres primitivos para fabricar puntas de piedra para flechas.

Dibujo de Moxrow.



Las casas para obreros de la
Compañía de lámparas
Philips.

3000 obreros de esta com-
pañía, viven en casas cons-
truidas especialmente para
ellos en Philipsdorp cerca
de Eindhoven (Holanda)

No demoren, con plata en mano, en comprar, MUEBLEROS y PARTICULARES.

OBSEQUIO AL COMPRADOR: COLCHA Y CUBRE-ALMOHADAS



Elegante dormitorio, nogal de Italia y roble, Luis XV, 3 cuerpos, mármoles finos, regio tallado, 8 piezas, \$ 350.
El mismo juego, más sencillo, \$ 300.



Sillas roble, tapizadas, haciendo juego, docena, \$ 120.
Mesa de 12 cubiertos, \$ 65.

Elegante comedor, roble de Norte América y bronce importado, cristales y lunas biseladas, mármoles negros finos, las 2 piezas, \$ 260.



Reclame, dormitorio roble macizo, 3 cuerpos, mármoles a elegir, lunas biseladas, 8 piezas, \$ 270.

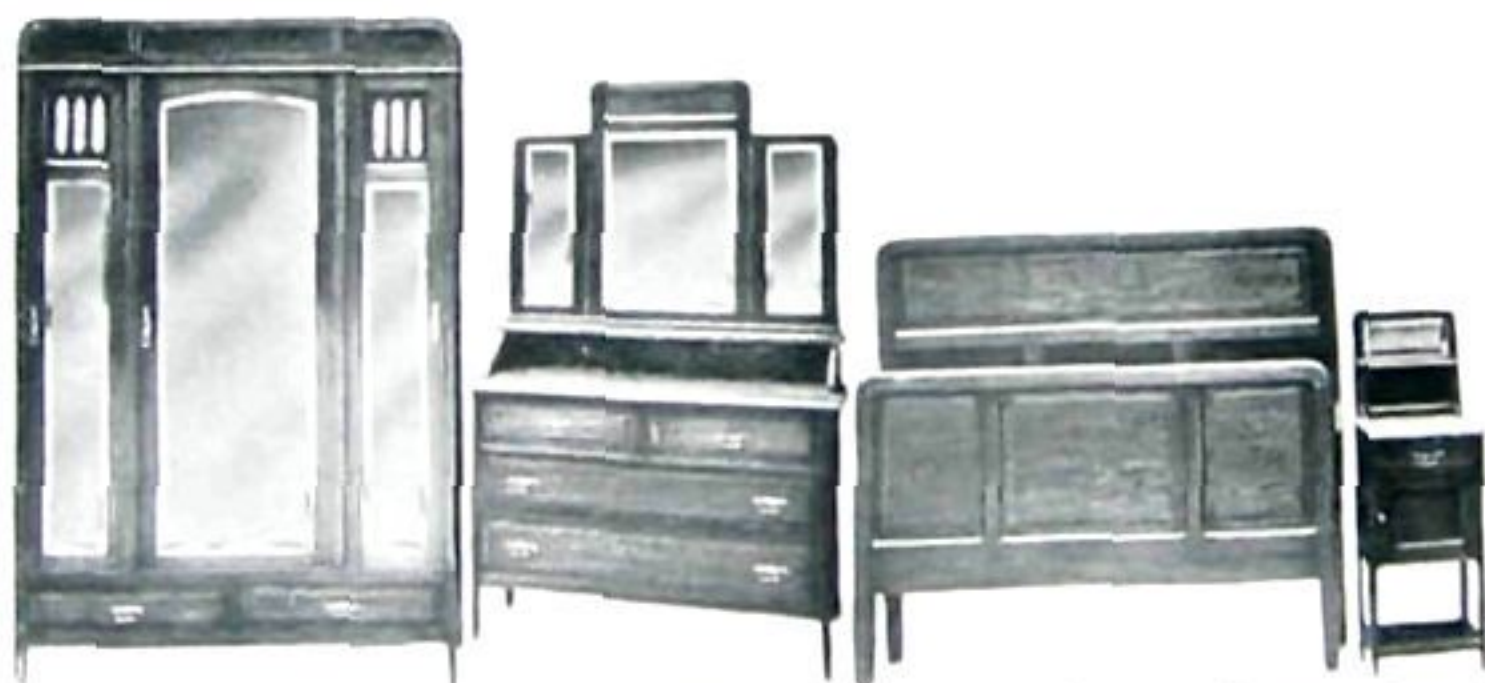


Sillas ovalo, roble y esterilla, doc., \$ 100.
Tapizadas, docena, \$ 120.

Comedor Bombe, roble norteamericano macizo, mármoles finos, las 2 piezas, \$ 170.

El mismo juego, en tea lustrado, color claro u obscuro, \$ 145.

Mesa roble, 3 tablas, \$ 32.



Reclame, dormitorio roble macizo, con bronce, 3 cuerpos, mármoles finos, 8 piezas, lo mejor, \$ 250.

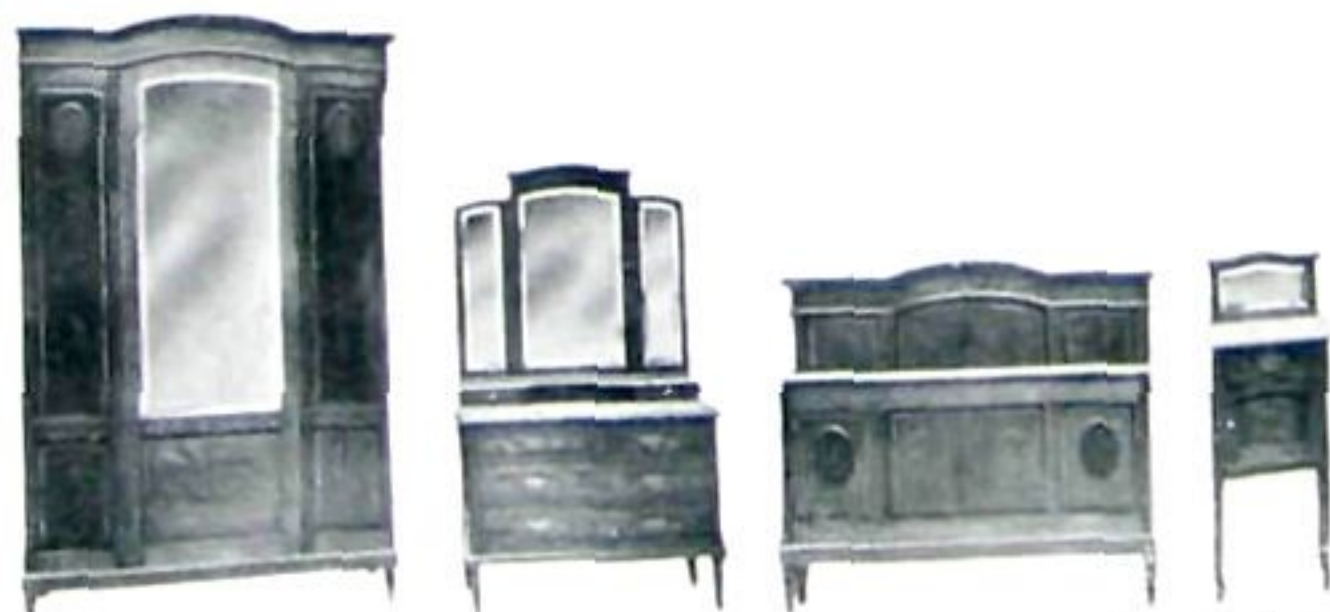
El mismo juego, más sencillo, \$ 190.



Sillas nogal y esterilla, doc., \$ 85.

Mesa 3 tablas maciza, \$ 20.

Buen juego comedor Renacimiento, nogal de Norte América y roble, mármoles rosa, lunas biseladas, \$ 175.



Elegante dormitorio 3 cuerpos Luis XVI, macizo, con bronce, lunas biseladas, 8 piezas, \$ 205.



Dormitorio Luis XV, nogal, para matrimonio, mármoles rosa, lunas biseladas, 8 piezas, reclame, \$ 150.

Estamos liquidando. No pierda usted tiempo en buscar otra casa que venda a estos precios.
Embalaje, Catálogo y conducción GRATIS

F. y L. Ramognino - "CASA SANZ" - 838, Sarmiento al 844, casi esq. Esmeralda

Harrods

Harrods

constituye en nuestro ambiente social y comercial la más alta expresión de buen gusto, arte y elegancia.

Harrods

es el "rendez-vous" obligado de las familias que se congregan en sus salones, atraídas por las suntuosas instalaciones de la Casa, por la exhibición de las últimas creaciones de la moda y por el "savoir faire" de un personal seleccionado.

Harrods

se ha incorporado al movimiento social porteño como una nota obligada dentro de las costumbres de la gran capital.

Harrods

es, en una palabra, el palacio de la distinción y el supremo "chic".

Harrods

ha visto compensados ampliamente los esfuerzos que suponen la fundación y desenvolvimiento de una Casa como ésta, con el

beneplácito que han dispensado la sociedad porteña y las más cultas colectividades extranjeras, a la idea de prolongar en Buenos Aires la influencia mundial de HARRODS, con sede en Londres, y poder aprovechar así de la experiencia y de la selección de artículos que se hace en los grandes centros europeos de la moda.

Harrods

condice con el progreso alcanzado por Buenos Aires — a justo título considerada la segunda ciudad la-

tina — y es un timbre de legítimo orgullo para esta capital, que puede presentar a sus visitantes un establecimiento de esa categoría, donde todos los artículos son de calidad superior, de marcas mundiales, de fabricación excepcional y a precios verdaderamente ventajosos.

Harrods

es la única Casa en Sud América que ofrece a su clientela verdaderas ventajas para las compras, pudiéndose circular por sus amplios salones sin ser molestado con preguntas sobre el artículo que se desea. Igualmente es la única Casa que brinda comodidades especiales para su permanencia en ella, como ser: Salón de té, Sala de lectura, Salón de descanso y conversación, teléfono, Correo de la Nación, etc., y demás detalles de confort.



FLORIDA 877

PARAGUAY 554

MARZO 1916

PLV.
VLTRA



AL LECTOR

En el orden natural de las cosas todo está circunscripto a determinados límites. Pero, por una ley de evolución, también todo lo que progresa, dentro del mundo espiritual o material, requiere expansión para su desenvolvimiento.

Cara y Careta, revista que tu benevolencia ha convalidado, acepta obediente el imperativo de esa ley que afirma las tradiciones que siempre ha perseguido. De esta aspiración, noble y generosa, nace "**Plus Ultra**", publicación suplementaria, donde tendrán cabida todas las notas, cuya índole especial, necesite más amplitud para desarrollarse.

En "**Plus Ultra**", verdadera prolongación, echo agrandado de tu revista amiga, hallarás el complemento de una labor que hace años se impuso la empresa editora, ayudada eficazmente por artistas y literatos de valía. Repasa las páginas que te ofrecemos, discurre libremente por ellas... y falla. Que si de tu agrado fueran, templarías nuestro espíritu creando nuevos bríos para reanudar la labor comenzada; si las rechazas, dejaremos que otros, con más aptitudes, lleven a feliz término lo que nosotros no supimos realizar.....

PLV.
VLTRA

Salazar y Garmendia



COLORES

Entre las obras absolutamente inéditas del doctor Wilde, figura este primoroso artículo. Fechado en 1913, recuerda aquella prosa del célebre libro «Tiempo Perdido», cuya edición se agotó hace muchos años. Junto con otros artículos, igualmente brillantes, se publicará en uno de los dos tomos que, formando la quinta parte de las obras completas de Wilde, han de comprender producciones literarias inéditas del ilustre polígrafo.

Eche usted, lector amigo, una mirada a su alrededor, mire en seguida a los cielos y luego baje los ojos hacia la tierra.

Ha recorrido usted los extremos de cuanto tiene extremos.

Cierre ahora los ojos y procure sentir lo que hay en su retina.

¿Qué ve? Colores, nada más que colores.

Los colores son los pajes de los cuerpos; están a la puerta de las cosas para anunciar a los ojos cuando miran, que los objetos están en casa.

No puede pasar una mirada por ninguna parte, sin que un color la detenga, diciéndole:

—Amiga mía, aquí hay algo.

Los colores son los signos en que vienen montadas las existencias para atravesar nuestra pupila; ágiles y penetrantes, apenas sospechan que hay tras de ella una retina, se entran en su busca sin previo aviso.

Sospecho con grave fundamento que las retinas son los sepulcros de los colores; jamás he visto salir por un ojo un color que haya entrado. ¡Quizá se quedan solamente a dormir o a pasar la noche en buena compañía!

Los colores andan esparcidos por la naturaleza, y son como las guardias avanzadas de los cuerpos, atiborados, curiosos y madrugadores.

Apenas brilla el primer rayo de luz en los hemisferios, cuando ya todos los colores están parados sobre las cosas espiando lo que pasa en la vecindad. Se parecen a las mujeres en lo curiosos y en lo habladores. Imposible que un color guarde un secreto.

Su eterna charla, como la de las mujeres, trae sus bienes y sus males.

Por ella se llega a descubrir que las gentes son blancas o morenas, que tienen los ojos negros, verdes o azules, que son rosadas o pálidas y que tienen pecas.

Por esto a cada rato tenemos ocasión de renegar contra la charla de los colores o que darles las gracias por lo que nos cuentan.

Los colores se dividen en el mundo, con el objeto de moralizar las pasiones; cada color se encarga de un sentimiento.

El violeta se ha hecho cargo de la modestia; el verde lleva a cuestras las esperanzas; el rosado dirige los amores; el blanco tiene bajo su administración el ramo de la pureza; el amarillo y el negro se han asociado para explotar la tristeza; el luto, la muerte y el olvido; uno o más colores son la enseña de las naciones; el blanco y el azul son los abanderados de la República Argentina.

Echando una mirada sobre todos estos puntos, se explica como los colores dominan la política, y mandando en absoluto sobre las impresiones del ánimo, las conservan, las cambian, las matan y siempre las revelan...

Apenas se conmueve el corazón de una joven, los rubores salen a su rostro; parece que en esta circunstancia el color se asoma a las mejillas como un propietario a la puerta de su casa, para preguntar el motivo de la emoción.

Apenas el temor o la inquietud invade nuestro pecho, la palidez de nuestro semblante propala el acontecimiento, entregándonos sin defensa a nuestros adversarios.

La palidez está siempre muellemente tendida en la cara de los abatidos y de los asustados.

La palidez merece un momento de atención; tiene su historia y su reinado aparte.

Hubo un tiempo en que las mujeres jóvenes se complacían mirando el rosado fulgor de sus mejillas; esto indicaba fuego, vida, salud. Pero cuando las que habitan las ciudades se fijaron en las aldeanas, notaron con desconsuelo que las rosas del campo eran más numerosas y de colores más vivos que las de nuestros jardines urbanos. Comenzó entonces a disminuir ante sus ojos el mérito de esas calidades, sucediendo con ellas lo que con los efectos de comercio; todo es que un artículo abunde para que su valor disminuya.

Hubo así mujeres que dejaron sin dolor que sus colores se marchitaran atacados por los sentimientos tiernos y las meditaciones melancólicas, substituyendo a la natural animación de su rostro joven una interesante palidez. Desde esa época, la mencionada interesante palidez comenzó a recorrer los salones, y ahora no se reconoce inteligencia ni ternura sino en las damas cuyo semblante presenta un aspecto cadavérico, recurriendo muchas de ellas, a falta de sinsabores y amarguras, al famoso vinagre aromático, que recoge en las mejillas los signos de la vulgaridad e instala los del sentimentalismo.

Sucede una cosa realmente particular entre las mujeres y los colores; las que no los tienen se los ponen y las que los tienen hacen cuanto pueden por librarse de ellos. En esto, como en muchas otras cosas, se ve la tendencia a la sofisticación que singulariza a esta mable mitad del género humano.

Los colores están, se ponen, se sacan, se cambian, se esconden y se fabrican.

Están sobre las flores, en los ojos, en el cielo, en los labios y en el agua y en cada uno de estos objetos dicen algo interesante.

Un color sobre una rosa brinda el más delicado perfume; los colores en los ojos dicen «cuidado»; en los cielos, «está por llover, hace calor, está nublado o ya se fué el sol»; en los labios, «dame un beso»; en el agua cantan continuamente «mar, río, arroyo, fuente o cascada».

Los colores se ponen sobre los rostros animados por la vida en su apogeo; son los colores de la juventud. Otros se instalan sobre la decrepitud y la impotencia. El verde y el blanco, por ejemplo, se han tomado a los viejos y su pelo.

Debo hacer, en llegando a este punto, una salvedad; confieso que yo personalmente no he visto jamás un viejo verde; pero repito lo que la tradición popular tiene como verdadero.

En hablando de viejos verdes, no puedo menos que recordar los pieles rojas de Norte América y los chalecos colorados de la República Argentina, su hermana de Sud América, bajo la vistosa tiranía de Rosas.

Pienso en la gran seguridad de los borrachos en aquel tiempo, merced a su nariz roja, en el poco caso que se haría del cielo, en la prohibición absoluta de tener ojeras y en la popularidad de que gozaría el diablo en las reuniones federales.

Los colores se sacan, se cambian, se esconden y se fabrican, he dicho, y me hallo razón a mí mismo. Ello se verifica en las gentes, en general, en los electores, los diputados y los partidos políticos.

Basta que digamos a una púdica doncella que es bonita, para sacarle los colores a la cara, lo que no sucede sin que se escondan los que tenía antes y por consiguiente se cambian todos.

¡Salvo error u omisión! Pues lo del párrafo anterior no se verifica cuando los colores han salido de las fábricas de productos químicos. La vergüenza no tiene acción sobre las tinturas.

¿Y las lágrimas? Ellas sí; se puede ver el surco que hacen al correr por las mejillas, disolviendo o arrastrando los colores postizos.

Los colores pintan a los electores, matiran a los diputados, caracterizan las oposiciones y arman revoluciones.

Napoleón I, que era gran fabricante de frases, dijo no sé donde: «Todos los hombres se venden; lo que falta es acertar con el precio».

La frase, original de Napoleón o plagiada de algún otro retórico, no habría tenido tanta repercusión si sus contemporáneos se hubieran fijado en que es la traducción de esta otra: «Se vende pintura».

La opinión pública, este coloso de la fuerza humana que sujeta el poder de los déspotas y dirige a veces la política, no existiría sino tuviera colorido.

¿Dónde se encuentra tampoco una opinión privada sin color?

De algún tiempo a esta parte se notan disidencias graves entre los colores. El amarillo, miembro componente del blanco, parece sublevado contra él, desde que los hombres han dado en sellar monedas de oro, prefiriéndolas a las de plata.

El blanco ya no lucha, y como en la mala suerte todos nos abandonan, los físicos, explotadores de la luz solar, llegan hasta negar al blanco su calidad de color. En tanto el amarillo hace gran papel, se distraza de honorable, imita la inteligencia, la aristocracia y hasta la belleza, filtrándose entre las manos acostado sobre las libras esterlinas u otras bagatelas. En esta forma sabe todas las ciencias, habla todos los idiomas y conoce todas las artes. Es el dios de los amores, el productor de las sonrisas, el seductor de las bellezas; en él se traducen todos los bienes de la tierra; sobre él únicamente están conformes todos los pueblos, y lo que es más sorprendente, todos los filósofos: se llamó un día piedra filosofal.

En historia natural, la omnipotencia de los colores es indiscutible. Ellos han impuesto a los loros el ser siempre verdes, han prohibido a los caballos que sean rojos y no permiten a las flores que sean negras.

A todos los animales provistos de ojos, pueden dejarlos ciegos si se les antoja. La ceguera no es más que la supresión total de los colores; un día de mal humor de la luz.

El poder de los colores pasa de los ojos y llega hasta invadir el sentido del gusto. Veamos la prueba: ¿Tomarían los hombres café, si el café fuera verde?

Tanto hablar, llega un momento que todo se me confunde y todos desaparecen. Sin embargo, a todos y a ninguno tengo a la vista.

El papel es blanco y la tinta es negra; escribo, por lo tanto, sobre el conjunto de todos los colores con la supresión de todos ellos.

Si semejante unión no es una paradoja, quiero morirme.

Me asusta sólo pensar de lo que puede salir de ese consorcio.

Denle negro y blanco a un hombre con posición, tinta y papel, digamos, y será capaz de hacer un nombramiento, un diploma, un documento de crédito, un billete de banco, un testamento, una sentencia de muerte, y lo que es más, un compromiso de matrimonio.

Y pongo punto final a mis colores. El sol declina, a la hora que escribo, en el horizonte, lleno de rubores y con la cara hinchada; la noche se viene encima toda enlutada, y si luego no encendemos las velas o salimos a pasear a la luz del gas por las calles, no veremos más colores hasta mañana, al despuntar la aurora, si tenemos la fortuna rural de despertarnos a esa hora.

DR. E. WILDE.



Dibujo de ALVAREZ.

El Doctor Dardo Rocha y su colección de porcelanas antiguas



¿doctor Dardo Rocha?

— Pasen ustedes y esperen un momento; el doctor está con la comisión pro Homenaje a España; ya viene... ¡síntense... ¿Una tacita de café?

Y sin esperar respuesta, sale el sirviente del salón, para volver a poco con una bandeja de plata labrada en la que humean dos tazas.

En casa del doctor Dardo Rocha es proverbial costumbre obsequiar con café a todo visitante.

Las dos tacitas en que se nos sirve, son distintas; una es alta y esbelta, la otra chata y panzona, ambas de finísima porcelana china, un primor de ornamentación y transparencia. Dos verdaderas joyas de la colección de porcelanas, más numerosa y rica de cuantas hay en Buenos Aires.

Pasan breves instantes y el doctor Dardo Rocha, nos sorprende observando las curiosidades que llenan las mesas, cubren las paredes y ocupan todos los rincones del patriarcal caserón de la calle Lavalle, materialmente abarrotado de obras de arte y valiosas antigüedades.

Con la llaneza del gran señor, que a sus méritos debe la posición que ocupa, sin el orgullo despectivo de los advenedizos encumbrados, el doctor Rocha, viejo criollo de españolas costumbres, nos tiende su mano y nos ofrece asiento, después de dirigirnos la clásica pregunta: — ¿Ya tomaron café, verdad?

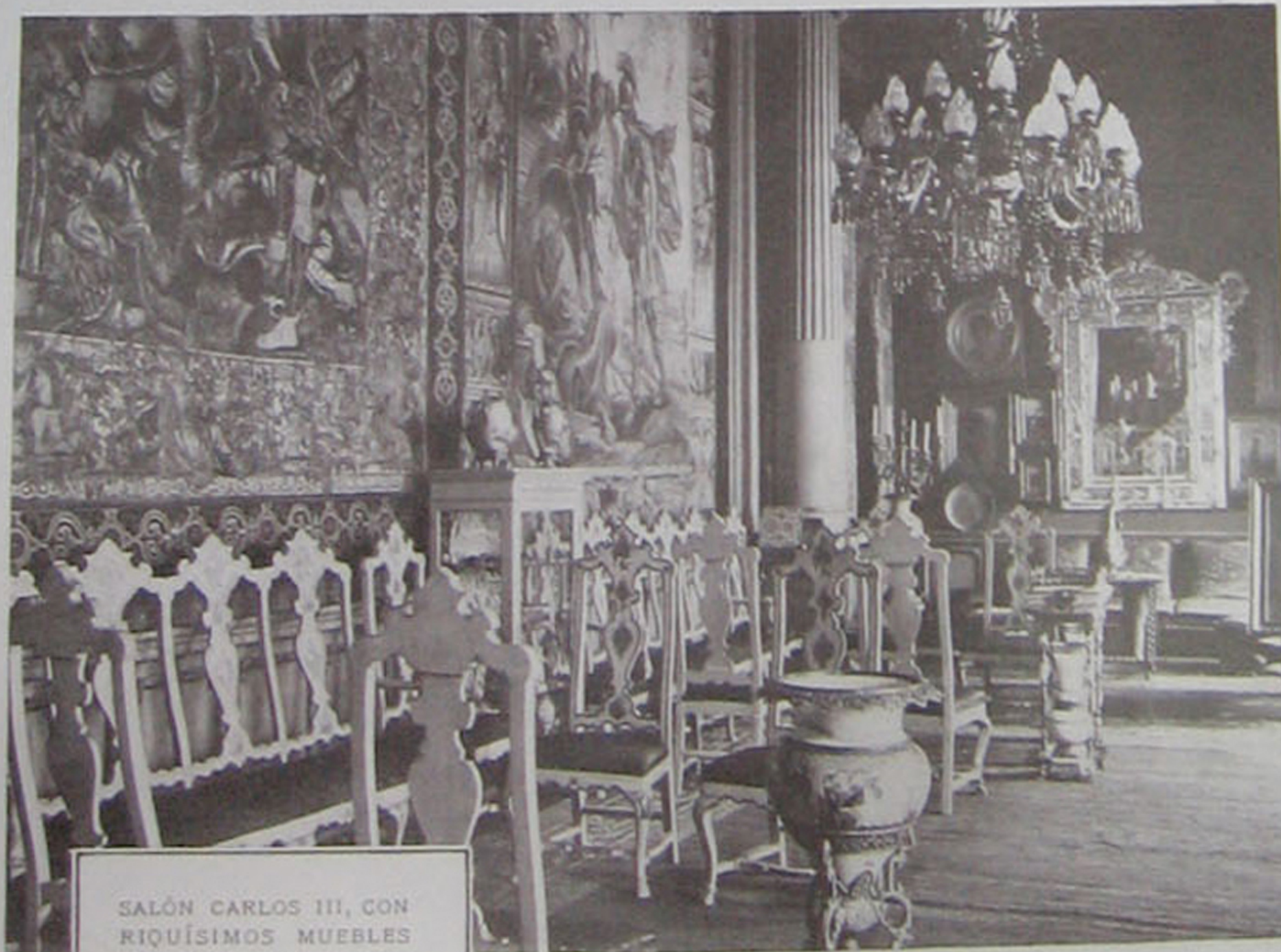
Exponemos al doctor Rocha el deseo de visitar su colección de porcelanas y antigüedades, colección con que se ha de inaugurar en PLUS ULTRA una serie de notas que darán a conocer al público las mil curiosidades y riquezas que hay escondi-

das en Buenos Aires y que nos proponemos descubrir al lector en un proyectado peregrinar de casa en casa.

Pero el fundador de La Plata, ex gobernador de la Provincia y gran patriota, es un aménisimo causseur, dotado de una memoria tan prodigiosa que cuando da rienda suelta a sus



VASO DE CASTELL-DURANTE, DE MEDIADOS DEL SIGLO XVI, COMÚNMENTE EMPLEADO EN LAS FARMACIAS.



SALÓN CARLOS III, CON RÍQUÍSIMOS MUEBLES DEL MÁS PURO ESTILO DE LA ÉPOCA.

recuerdos y comienza a contar hechos de su vida pública, anécdotas del tiempo viejo o pintorescos detalles de sus viajes alrededor del mundo, olvidase el cronista de su oficio... cae la tarde y el fotógrafo tiene que reembolsar sus *bártulos*, sin haber cumplido su misión periodística... Y así uno, dos y tres días...

La colección de porcelanas y cerámicas que nos va enseñando el doctor Rocha, es interesantísima y de un valor extraordinario; hay en ella ejemplares curiosos y raros que, a fuerza de paciencia, ha logrado reunir este sin par coleccionista que, para cada pieza tiene su anécdota y para cada jarrón o plato un cuento al caso o una humorística ocurrencia. Así van desfilando ante nuestros ojos cuatro maravillosos grupos auténticos de Cippo di Monte, representando



EL DOCTOR ROCHA, CONTEMPLANDO SUS PORCELANAS.

las cuatro partes del mundo; una inapreciable vajilla de porcelana china con decorados de mil colores e iniciales en oro, grabadas a fuego. Esta vajilla perteneció a don Bernardino Rivadavia, y de ella existen dos ejemplares en el Museo Histórico y algunos platos en poder de las señoras Mercedes G. de Bunge y Adela Napp de Lumb, y del señor Alberto Lartigau.

Un juego completo de café de la Real fábrica de Copenhague, premiado y adquirido en la Exposición de París, de 1889.

Una copa de porcelana histórica, pues fué regalada por Grevi a la Sociedad Filantrópica de Tolosa y más tarde adquirida por el doctor Rocha a un anticuario de París.

Un triptico de esmalte, de Jean Reigno, de valor inapreciable, con su cifra y año 1559.

Copas antiquísimas de Holanda; bandejas de

Veni Marten, y 28 piezas de un juego de postre de Sevres, que perteneció al Palacio de las Tullerías.

Varios candelabros y jarrones de Sevres, de 1800.

Un ídolo de Tehuanaco, curiosísimo ejemplar, y dos Fayenzas, de 1560, compradas en Corfú.

Varios jarrones chinos, ricos de colorido, y porcelanas de Marsella, Meaux, Sajonia, San Petersburgo, Grandeví y Córdoba.

Un plato de la vajilla de Sarmiento y otro del oidor Almagro.

Platos del general Levalle, de la familia Carranza, perteneciente a una vajilla que en tiempo de Rosas estuvo escondida por tener su ornamentación celeste.

Una mayólica de Nevers, representando «El vendedor de cuernos», con audaces inscripciones.

Azulejos de la Alhambra de Granada; vasos pequeños de Tehuanaco, que deben tener lo menos 7.000 años; figuras egipcias y varias bolas de tierra cocida, para honda, de las excavaciones de Cartago, regaladas al doctor Dardo Rocha por



PLATO DE RHODAS, DEL SIGLO XVI (MAYÓLICA).

UNA DE LAS VITRINAS DONDE SE CONSERVA PARTE DE LA COLECCIÓN.

el Reverendo Padre Alfredo Luis Delastre, fundador del Museo Arqueológico de Cartago.

Una piedra tumbal del último período del paganismo, representando a Carón conduciendo un alma.

Varios platos y cacharros orientales: de Rhodas, de Talavera de la Reina, españoles e ingleses.

Dos esculturas adquiridas en Saquarah (Egipto), que debieron pertenecer a la estatua del Escriba, e infinidad de piezas más, cuya enumeración sería interminable.

En antigüedades posee el doctor Rocha algunas de valor indiscutible, entre las que hemos visto una pulsera de amatista que fué de Isabel II; un frasco del siglo XI, y un sello en bronce del Gobierno Nacional, del año 1817.

Un tapiz del siglo XVI y un Gobelino auténtico del siglo XVIII, representando la visita del Rey Alejandro a Diógenes.

Un mueble español del siglo XVII, de jacarandá y marfil con alegorías sobre el credo; una mesa también de jacarandá, que perteneció a los padres Benemistas portugueses del siglo XVII y un magnífico altar privado, con la historia de la Virgen y Jesús, en 32 paneaux, en los que se observa la influencia de Murillo.

En cuadros, el doctor Rocha tiene un capital. Esculturas, tablas italianas antiguas, bronce, entre ellos la maquette original de «El Esclavo», de Cafferata, y un sinnúmero de libros y alhajas antiguas.

— Una última molestia, doctor: ¿qué valor calcula usted que alcanza la pieza más valiosa de su colección? — Es ésta; y nos enseñó un Rubens avaluado en 5.000 libras esterlinas.

Tal es la colección de este viejo patriota argentino que, hoy apartado del engranaje político, vive rodeado de sus afectos, y sólo dedicado a cultivar sus recuerdos del pasado.

EMILIO DUPUY DE LOME.



JARRÓN CHINO, DE 1703. TONALIDAD BLANCA Y AZUL; PERTENECE A LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA DE LOS MINOS.



CÁNTARO ITALIANO, DEL 1730. EJEMPLAR RARÍSIMO, DE LOZA «GRES», VERDADERA JOYA DE LA COLECCIÓN.



¿QUO VADIS?

URSUS Y PETRONIO
EN LA CALLE FLORIDA

Dibujó de MALAGA GERNET.

La mujer argentina



Homenaje del Poeta

Blanca carne de lirio, ojos igneos de estrella
En que arden fulgurantes las llamas del amor;
Boca fina y purpúrea donde la gracia sella
Su encanto capitoso de roja rosa en flor.

La sangre de las razas más nobles puso en ella
Sus rasgos dominantes de belleza y valor,
Ungiéndola en el mundo mirifica doncella,
Promesa del Destino, Varona en el Dolor.

Su paso es un prodigio de ritmo y de decoro
De sus cabellos surge fragante aurora de oro
O el palio misterioso de la noche estelar.

Su frente como un templo respira la esperanza.
Su voz se alza en la tierra pero hasta el cielo alcanza
Porque es pura y sonora como la voz del mar.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.



No es mi canto el cantar habitual
que compone en tu honor la pasión:
mi cantar es un canto filial
escrito a latidos con el corazón...

Siempre llena de luz maternal
se irguió ante mis ojos, Mujer, tu visión,
que mucho antes del día nupcial
eras ya una Madre para mi emoción...

Eres madre siempre... Madre cuando esposa,
madre cuando hija, madre cuando hermana,
cuando desdichada, cuando venturosa,

cuando adolescente, cuando anciana ya,
y después de muerta ¡oh luz milagrosa!
sigues siendo Madre desde el más allá...

BECISARIO ROLDÁN.



Oh Argentina, Argentina: descubrí tu mujer.
Se borra en tus cosmópolis y apenas se adivina
en los poblados tristes donde mora el ayer:
que es de un cuño ignorado tu mujer, Argentina!

Su aspecto de los Andes tiene la majestad:
buena sin abandonos, recta sin desafíos,
y expande en sus maneras la gran serenidad
con que ruedan las aguas inmensas de tus ríos.

De esta romana dulce de moruna corteza
la sencillez indígena con la gracia española
se advierte en el tocado que alinea su cabeza.

Mas, ah, que tu blasón en sus ojos lo fundas,
Argentina, y en ellos mi admiración se inmola
al misterio insondable de tus selvas profundas.

Fot. de WITCOMB y MERLINO.

EDMUNDO MONTAÑE.

Del
tiempo
viejo



Costilla
a
costilla

— ¡Tres ochenta!
— ¿A partir de adentro o de ajuera?
— A partir de ajuera.
— ¡Ya'stá! Bajeló los cueros. ¡Por cincuenta patacones!

— ¡Tan pagos!
Dieron vuelta los tiradores. Y del bolsillo pánzon del medio, salieron grandes carteras. Algunos certificados de propiedad, desgastados en los dobleces; cartas de tinta ilegible por el tiempo, y los «amojosacos», el rollo de pesos... La carrera atrajo la atención del paisanaje. Eran los parejeros «tapaos» del pago, que se tenían ganas. Empezaron a cruzarse apuestas; a aventurarse cálculos. La pulpería se vació. Los vasos opacos exponían en hileras los tonos variados de las bebidas, como en una exposición de tóxicos. Un comedido sacó el cuchillo, y con la punta le limpió los cascos a uno de los fletes.

— ¡Paro hasta el poncho a las patas del potrillo!
— Me gusta de alma el rabicano; pero es corto el tiro.

Se nombraron los rayeros, el viejo Calixto, un mozo; el alcalde, tercero. Tomaron las apuestas.
— ¿Cuál es su corredor?

— El Chajá.
— ¡Ya me madrugó!... Güeno; el mío lo corre mi nieto.

Y desfilaron en caravana alegre y pintoresca, de a pie por la llanura, hacia la cancha. Los caballos, con sólo el freno tirados adelante, las colas oscilantes al andar. Los corredores pisando en medias y con un pañuelo blanco de vincha. La pulpería, atrás, desierta, parecía aplastarse, borrándose sobre el paisaje.

Fue como una reminiscencia de fortín, bravía y mutua. Los dos viejos frente a la cancha, el par de renglones paralelos que cortaban el verde, lisos y esmerados, sintieron el profundo desdén por las cosas modernas, reglamentadas y fáciles.

— ¡Por este camino cualquiera corre! ¡Y cualquiera gana, sin caballo!

El otro lo miró...
— ¿Quiere que corramos costilla a costilla?

— ¡Y cómo no le querer!

Y ante la perplejidad de los corredores, azorados a la perspectiva de una prueba que ignoraban, saltaron sobre los lomos de los fletes, lustrosos.

— ¿Todo el campo?

— ¡Desde la falda'l médano!

Se alejaron campo afuera, volteando atrás los sombreros. Los rayeros, no menos confusos, demarcaron una línea al acaso, suponiendo por donde podían pasar. Los paisanos se desplegaron, ab-

sortos, boca abierta, impedidos hasta de la facultad de cruzar apuestas. La cancha semejaba, abandonada, dos renglones inútiles, lineales, como tirados por un lápiz en una página inmensa.

— Este tata es como pa tirarle con el cuchillo y no alzarlo ni aunque sea cabo e plata! — expresó alegremente, gozándose en las rarezas seniles, un mozo barbilucio, que punteaba perezosamente una guitarra. — Me v'a mancar el potrillo. ¡Mire que ponerse a correr puel campo, habiendo cancha!

Sobre el fondo del médano, se divisaban los dos contendores haciendo picar los parejeros en partidas largaderas.

— ¡Ya se vinieron!

— ¡Vienen pegao, como nacidos!... — Y la novedad, dibujada en los ojos y en la boca, anhelaba a lucirse...

Como un solo bruto, sinuando en curvas y sesgos que variaban la dirección, se venía la yunta veloz sobre el pasto, al que parecía no tocar, volando a ras... Los corredores, tendidos a lo largo del cuello, las cabezas blancas y redondas, fingiendo faroles... A las veces, los caballos se separaban en un cimborazo brusco, para volverse a juntar, cerca... El sol, de espaldas, proyectaba una sola sombra adelante, que se fugaba imprecisa, móvil, loca, como un lampo, un lampo obscuro. Era un pugilato equestre. Y los embistieron, ya cerca, aventando en desparramos de ponchos y gambetas, a los mirones... Pegados, como nacidos.

— ¡No m'che a la gente, canejol!

Afiojó el otro; despidiéndose del contrario el rabicano, tecto a la raya. Y a término de llegar, vencedor, el potrillo lo tapó de nuevo, como una ola de arroyo que alcanzase a otra, pegándosele al flanco.

— ¡Dónde te habías dir!

Algunos paisanos se tiraron por el suelo, para ver mejor el final, revolcándose de gusto. A otros los atorugaba el grito: — ¡Ay, junal... — Y los corredores se abrieron, allá distante, sujetando, en bifurcación de pluma que se rajase.

El rayero viejo avanzó sobre el mozo, declarándole, despacio, agachándose:

— ¡L'he ganaol!

— ¡Díandol... Mi caballo asomó al flador.

— Cuando lo tapó el suyo, ya taba el mío, vandeao la raya...

Y se entabló la discusión, breves las palabras, en soplos, por bajo las alas de los sombreros. La concurrencia les rodeaba silenciosa, en una gran mancha oscura sobre el campo verde y fresco. Aproximóse el tercero. El momento era solemne, de un sagrado de tribunal agreste; subyugación de alma invadía los sentidos, en espera del fallo, llena de unión.

Por allá, los dos viejos desmontados, se hacían mutuamente recriminaciones, exasperándose.

— ¡Tre vece me lo ha cocisao!
— ¡Usté me había calzaol primero!
— ¡No me le ha sacao el talón del codillo!
— M'ha echao sobre la gente, sino le ganaba cortao a ló.

— ¡Qué v'a ganarl! No divarée.
— ¡Que nol Y a fierro también, soy capá...
— Dice no ma; no al ser.

Y ya se le fué el uno al otro, para dilucidar la cuestión a filos. Hubo el alboroto de contienda; como humos que se apelotonasen multiformes y ágiles sobre el campo, cargado de luz. Los cuchillos relucieron, en dos láminas, puntudos.

— ¡Ma ver! — gritó el alcalde con su doble investidura de autoridad y tercero. — ¡Ha sido puesta, caballeros, pa todos! ¡Naide ha de peliar de gustol!

Se rompió la ola de sangre... El sol espejó victorioso entre la mancha espesa. Aquí un comedido ahorcaba con una rienda al tronco del pescuezo al rabicano, jadeante; y otro allí, tiraba las manos del potrillo.

El regocijo, adentro, reclamaba fuegos. Haber visto lo que sólo se sabían de oídas, era algo de excepción, de pretexto exultante, que merecía, ciertamente, charlas largas, beberajes. Desfilaron de vuelta hacia la pulpería. Y los vasos tuvieron de nuevo las pulseras de zarpas curtidas, los colores de labios...

— Estos viejos siempre tienen alguna cosa linda; son como libros!

— Y diga, don, ¿ansí corrian en sus tiempos?

— Meamito ansina.

— ¿Y peleaban después?

— ¡E di no?... Dejúro.

— ¡Qué lindos tiempos!

— Corriendo costilla a costilla, se peliaba aunque se fueran compañeros; aunque juntos se hubieran muerto más indios que mai frito. Yo pelé con mi compadre — ¡ánima bendita! — que hablamo hecho en yunta la campaña e Tusalingo. Se peliaba por lujo y pa distinguir cual era superior...

— ¡E cierto! — afirmó el otro.

— Ah, viejos gauchos; eso's bonito. ¡Tomen otrol! Mozo, echese pa los viejos!

Y dió comienzo el hilván de los comentarios, interminables y bulliciosos. El fuego, adentro, reflejaba en la cara gustos singulares. La pulpería se hinchaba, a trasmonde de los tiempos bárbaros, como alzada a golpes de imaginación...

ALBINO DARDO LÓPEZ

Dibujó de ZAVATTARO



La muchachada artista



BARÓN ANTONIO DE MARCHI, apasionado sportman que al organizar en 1911 el aristocrático «American Cirque Excelsior», de la Sociedad Sportiva, inició entre nosotros la muchachada artista que con tan buen resultado ha prestado su concurso en las obras benéficas donde se la ha solicitado.



JOVITA GARCÍA MANSILLA y LA MARQUESA DE SALAMANCA, dos bellas y elegantes aficionadas al arte cinematográfico, como lo han demostrado en «Un romance argentino».

ARTURO GARRAJO (1913). Uno de los más elegantes artistas de la aristocrática portaña. Sus cantos y bailes americanos, llenos de colorido y expresión, le han valido general aplausos en todas las fiestas sociales. La característica de este aficionado es el sello de distinción que hacen de él un elemento de indiscutible valía. Sus trabajos por la seguridad y el aplomo con que los ejecuta. Su larga estadía en Londres, le ha permitido observar de cerca a los notables bailarines ingleses y americanos, a quienes tan admirablemente copia.



LUIS GARCÍA LAVANDERA, SUSANA RODRÍGUEZ LARRETA, QUINTANA y JORGE QUINTANA, admirables intérpretes de la película histórica «Amalia» que, a pesar de ser una película interpretada por aficionados, ha logrado despertar interés en toda la República.



ENRIQUE BUSTILLO, en su caracterización del general Mansilla, quien la película histórica «Amalia», demuestra pruebas de ser un consumado cineasta.



D. VIDELA DORNA



HORACIO GANDOLFO DE LA SIERRA, P. GONZÁLEZ ACUÑA, RAMÓN HERRÁN y C. R. BOLERO, cuatro evocadores de la época romana.



LIDIA REINOCO ROSO, diminuta imitadora de tonadilleras y cupletistas.



RAUL MOLINA, habilísimo imitador de niños mal educados. Su creación de «Baby», estrenada en el Odeón, es sencillamente admirable.



MÁXIMO CÉSAR PAZ. Dotado de una gran musculatura y de una resistencia a toda prueba, este distinguido sportman une a esos dotes físicos su elegancia y distinción, que lo hacen un incomparable artista en la barra fija. Su debut en el «American Cirque Excelsior» fue celebradísimo, demostrando una constitución muscular poderosa y una agilidad poco común, adquiridas metódicamente en las prácticas gimnásticas a que se somete constantemente en la popular «Sociedad Sportiva Argentina».



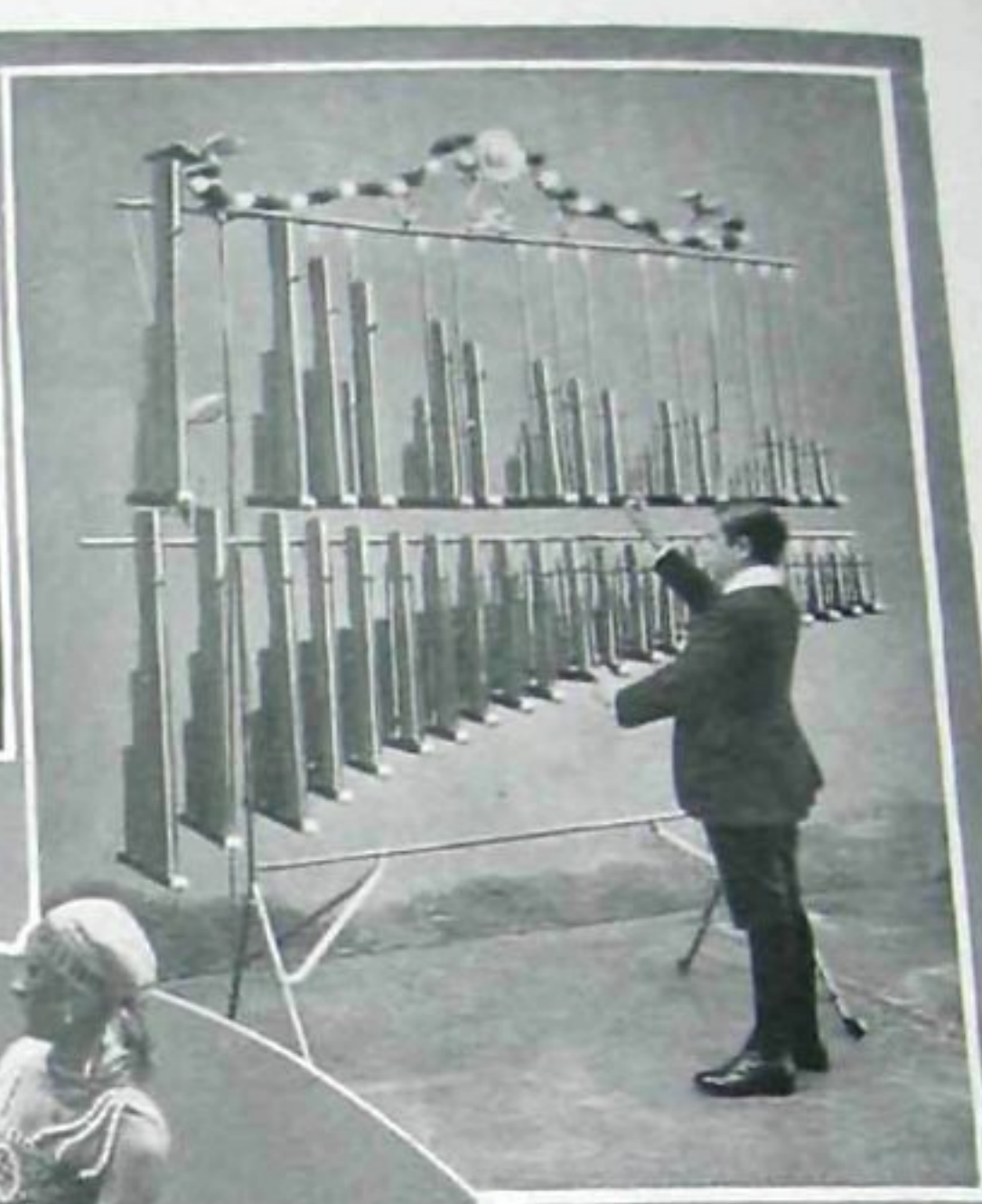
TITO GÓMEZ LASTRA, notable y sutil humorista.



AMADEO CARRELLI. Una escoba o una mesa, una cacerola o un embudo se convierten en las manos de este joven empleado público y excéntrico de afición, en admirables instrumentos musicales, que maneja con una destreza envidiable. Para él, no tienen secretos ni las partituras de Schubert o Wagner con todas sus complicaciones, ni las baterías de cocina. Su temperamento artístico, su vis cómica admirable y su notable sentido musical, salvando con gran acierto todos los inconvenientes que ofrece esta clase de trabajos, lo convierten en uno de los mejores elementos con que cuenta la muchachada.



VICTOR A. SILVA, feliz iniciador de festejos estudiantiles.



RAFAEL AMANCIO ALCORTA. Casi un niño, pero con infinidad de recursos para triunfar. Músico, acróbata, esgrimista, tirador, etcétera.



AGUSTÍN ÁLVAREZ Y JORGE SUÁREZ VIDELA. Nijinski produjo en ellos una impresión tan fuerte que diéronse a imitarle sus danzas exóticas, y hoy, sin hipérbole, pueden resistir la comparación con el notable bailarín ruso.



PEDRITO ALCORTA, artista precoz, gracioso imitador del célebre payaso Zet. El circo, lugar de recreo para la infancia, fué academia para él. Estamos seguros que las aficiones de este joven no van por este lado, que de no tomar estas cosas como un ligero pasatiempo, sería un rival temible de los profesionales, por las dotes cómicas que revela en todos los trabajos donde toma parte, y que son siempre coronados por los aplausos del aristocrático público que los presencia.



El popular gordo GIANELLI.



PEDRO Y RAFAEL AMANCIO ALCORTA, excéntricos musicales.



ALBERTO AMADEO CARRANZA Y CARLOS TORCUATO ALVEAR. He aquí una pareja que bien podría reemplazar en muchos casos a más de un artista de circo. Cómico el uno de extraordinaria gracia, y notable presentador de caballos en libertad el otro, logran siempre llamar la atención, siendo solicitados constantemente en las fiestas de beneficencia, como elementos de valía. En varias ocasiones hemos visto actuar este interesante grupo, y siempre han producido gran regocijo sus originales trabajos, por la certera comicidad derrochada en ellos. Desde los tiempos de Calígula, no se ha conocido un caballo tan distinguido e inteligente como el petiso que presentan, amestrado pacientemente por los jóvenes aficionados.



RUFINO CÓRDOBA, notabilísimo imitador de Parravicini.

Como declamamos al pie de la fotografía del bardo Antonio de Marchi, a partir de su originalísima creación del «American Circus Excelsior» surgió en el mundo estudiantil una marcada afición a revelar en público sus dotes artísticas, formando una verdadera muchachada artista que demostró sus aptitudes en todos los géneros. Frecuentes serían las páginas de esta revista, si quisiéramos hacer destacar por ellas a todos los artistas de afición que hay en Buenos Aires.

Desde el actor mímico cinematográfico hasta a clonar de circo que, bajo el traje de payaso, sabe llevar con distinción el frac del gentleman, hay hoy entre nosotros una pléyade de artistas. Jorge Rojas, Nicolás Achával-Hija, Mariano García Costo, Federico Drum Villan, L. M. Zamora, Raúl Stacci, Jorge Ayerza, Raúl Galmari, Juan Alberto González, R. Quesada Pacheco, y otros que no citamos por no hacer interminable esta lista.



CARLOS ACEVEDO, tonadillero casi ingenuo, que debutó con éxito extraordinario en el célebre «American Circus Excelsior», imitando con suma gracia a varias cupletistas importadas y nacionales. Sus facultades de observación y asimilación han hecho que se destaque de un modo bien visible, colocándole en lugar preferente entre los jóvenes que se han presentado en las fiestas benéficas donde ha tomado parte. Sin temor de incurrir en elogios exagerados, podemos afirmar que Acevedo imprime a sus creaciones un sello personalísimo, superando en muchos casos a los profesionales.



CARLOS F. BOLERO, hércules de afición y... de verdad. (Véanse los bíceps.) En la lucha romana y el box es todo un maestro consumado.

PEDRO GONZÁLEZ, a quien llaman sus íntimos Gonzalito; y que ha demostrado en más de una ocasión tener una vis cómica extraordinaria.



LILY Y MECHITA PÉREZ FREYRE, dos «minúsculas» artistas del arte coreográfico, que bailan mucho mejor que la mayoría de las «mayúsculas».

RAÚL GALMARINI. Este extraordinario patinador es, sin disputa, entre la media docena de aficionados, el que con más arte y elegancia cultiva este difícil sport, llegando a dominarlo de tal modo que podría competir ventajosamente con los mejores artistas profesionales del patín. Con C. A. Echavaguren Serna, comparte lo que podríamos llamar el «reino de los patinadores». Tanto Echavaguren Serna como Galmari, han obtenido infinidad de premios, disputándose a grandes profesionales. Según referencias, no será difícil que muy en breve tengamos ocasión de aplaudir nuevamente al joven Galmari, en las fiestas que está organizando una sociedad, con fines benéficos, para la que se ha solicitado su concurso.

ALBERTO REYES, sudas jinete, maestro en el difícil arte del volio a la Richard; su dominio del caballo le ha valido el sobrenombre de «cow-boy porteño», ganado por su gran maestría.



JORGE LOBET GULEN, «Brazo de Hierro», distinguido sportman y hércules tan verdad como el de arriba.



FERNANDO BERRETA. Entre todos los amateurs, uno de los que más ha destacado su personalidad en las fiestas de beneficencia, sobre todo en las organizadas por la Sociedad Escuelas y Patronatos, ha sido sin duda Fernando Berreta, notable ventríloquo, cuya originalísima colección de muñecos, todos ellos fabricados por él, son de una comicidad y perfección extraordinarias. Cuéntanse de Berreta interesantes anécdotas relacionadas con sus facultades de ventríloquo, — que la falta de espacio no nos permite repetir ahora, — habiendo recibido en varias ocasiones proposiciones ventajosas para exhibirse en las salas de espectáculos como un número de indiscutible interés. Tanto este joven aficionado como todos los que en estas páginas hemos presentado, honran a nuestra muchachada artista, entre la que también figura, a la cabeza naturalmente, un grupo de distinguidísimas niñas que con exquisito buen gusto han sabido dejar a un lado las tontas preocupaciones snobistas y han prestado su valioso concurso en la realización de interesantes films de asuntos nacionales, tales como «Amalia» y «Un Romance Argentino», dos verdaderas joyas de interpretación.

ALBERTO TERKONES, tenor de voz tan potente y armoniosa y afición tan decidida al arte lírico, que no será extraño llegue a ser una gloria del teatro argentino.

DR. ALFREDO U. FERNÁNDEZ, atleta, gimnasta, hércules, malabarista y doctor en leyes.



Al cavar en el suelo de la ciudad antigua,
La metálica punta de la piqueta choca
Con una joya de oro, una labrada roca,
Una flecha, un fetiche, un dios de forma ambigua,
O los muros enormes de un templo. Mi piqueta
Trabaja en el terreno de la América ignota.

— ¡Suenen armonías mi piqueta de poeta!
Y descubra oro y ópalos y rica piedra fina,
Templo, o estatua rota!
Y el misterioso jeroglífico adivina
La Musa.

De la temporal bruma surge la vida extraña
De pueblos abolidos; la leyenda confusa
Se ilumina, revela secretos la montaña
En que se alza la ruina.

Los centenarios árboles saben de procesiones,
De luchas y de ritos inmemoriales. Canta
Un zenzontle. ¿Qué canta? ¿Un canto nunca oído?
El pájaro en un idolo ha fabricado el nido.
(Ese canto escucharon las mujeres toltecas
Y deleitó al soberbio príncipe Moctezuma).
Mientras el puma hace crujir las hojas secas
El quetzal muestra al iris la gloria de su pluma
Y los dioses animan de la fuente el acento.
Al caer de la tarde un poniente sangriento
Tiende su palio bárbaro; y de una rara lira
Lleva la lengua musical el vago viento.

Y Netzahualcoyotl, el poeta, suspira.
Cuauemichin, el cacique sacerdotal y noble,
Viene de caza. Siguele fila apretada y doble
De sus flecheros ágiles. Su aire es bravo y triunfal.
Sobre su frente lleva bruñido cerco de oro;
Y vese, al sol que se alza del florestal sonoro,
Que en la diadema tiembla la pluma de un quetzal.

Es la mañana mágica del encendido trópico,
Como una gran serpiente camina el río hidrópico
En cuyas aguas glaucas las hojas secas van.
El lienzo cristalino soplo sutil arruga,
El combo caparacho que arrastra la tortuga,
O la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,
Rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas
Del vaho de la tierra pasan cribando el tul;
E intacta con su veste de terciopelo rico,
Abanicando el lodo con su doble abanico
Está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día;
Al viento el pavo negro su grito agudo flía,
Y el grillo aturde el verde, tupido carrizal;
Un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;
Prolonga la cigarra su chincharchar eterno
Y el grito de su pito repite el pito-real.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla,
Su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla,
Sus dientes llueven fruto del árbol productor;
Y con su vuelo rápido que espanta el avispero,
Pasa el bribón y obscuro sanate-clarinero
Llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos.
Vuelan al mejor ruido los quetzales esquivos.
Sobre la aristolequia revuela el colibrí;
Y junto a la parásita lujosa está la iguana,
Como hija misteriosa de la montaña indiana
Que anima el teutl oculto del sacro teocatl.

El gran cacique deja los bosques de esmeralda;
Camina a su palacio el carcaj a la espalda,
Carcaj dorado y fino que brilla al rubio sol.
Tras él van los flecheros; y en hombros de los siervos,
Ensangrentando el suelo, los montaraces ciervos
Que hirió la caña elástica del firme huiscocoyol.

Camina. Llega al regío palacio el jefe noble.
De las cuadradas puertas en el quicio de roble,
De Otzotskij, su tierna hija, ve el flamante huepil.
Súbito se oye un sordo rumor de voz profunda.
¿Es la onda del Motagua que la ciudad inunda?
No, cacique; ese ruido es del pueblo Pipil.

Como torrente humano que ruga y se desborda,
Como un clamor terrible que la ciudad asorda,
Hacia el palacio vienen los hijos de Ahuitzol.
Primero, revestidos de cien plumajes varios,
Los altos sacerdotes, los ricos dignatarios,
Que llevan con orgullo sus mantos tornasol.

Después van los guerreros, los de brazos membrudos,
Los que metal y cuerno tienen en sus escudos,
Soldados de Sakulen, soldados de Nabaj;
Por último, zahareños, cobrizos y salvajes,
El cuerpo rudo y rojo de míticos tatuajes,
Ixiles de la sierra, con arcos y carcaj.

Como a la roca el río circundan el palacio.
Sus voces redobladas se elevan al espacio
Como voz de montaña y voz de tempestad:
Hay jóvenes robustos de fieros aires regios,
Ancianos centenarios que saben sortilegios,
Brujos que invocar osan al gran Tamagastad.

Y a la cabeza marcha el noble continente
Tekij, que es el poeta litúrgico y valiente,
Que en su pupila tiene la luz de la visión.
Lleva colgado al cuello un quetzalcoatl de oro;
Lleva en los pies velludos cueros de piel de toro;
Y alza la frente, altivo como un joven león.

Del palacio en la puerta vese erguido el cacique.
Tekij alza sus brazos. Su gesto, como un dique,
Contiene el gran torrente de agitación y voz.
Cuauemichin orgulloso, se apoya en su arco elástico.
Y teniendo en sus labios como un rictus sarcástico,
Pone en sus pardas cejas una curva feroz.

Curva de donde lanza cual flecha su mirada
Sobre las mil cabezas de la turba apiñada,
Curva como la curva del arco de Huracán.
Y Tekij habla al príncipe que le escucha impasible:
Y lleva el aire tórrido la palabra terrible
Como el divino trueno de la ira de un Titán.

— «Cuauemichin, la montaña te habla en mi lengua ahora.

La tierra está enojada, la raza pipil llora,
Y tu nahual maldice, serpiente-tacuazín!
Eres cobarde fiera que reina en el ganado.
¿Por qué de los pipiles la sangre has derramado
Como tigre del monte, Cuauemichin, Cuauemichin?

¡Cuauemichin! El octavo rey de los mexicanos
Era grande. Si abría los dedos de sus manos,
Más de un millón de flechas obscurcía el sol.
Era de oro macizo su silla y su consejo.
Tenía en mucho al sabio; pedía juicio al viejo;
Su maza era pesada; llamábase Ahuitzol.

Quelenes, zapotecas, tendales, katchikeles,
Los mames que se adornan con ópalos y pieles,
Los jefes aguerridos del bello kiché,
Temían los embates del fuerte mexicano
Que tuvo, como tienen los dioses, en la mano
La flecha que en el trueno relampaguear se ve.



El quiso ser pacífico y engrandecer un día
Su reino. Eso era justo. Y en Guatemala habla
Tierra fecunda y virgen, montañas que poblar.
Mandó Ahuitzol cinco hombres a conquistar la tierra,
Sin lanzas, sin escudos y sin carcaj de guerra,
Sin fuerzas poderosas ni pompa militar.

Eran cinco pipiles; eran los Padres nuestros;
Eran cultivadores, agricultores, diestros
En prácticas pacíficas; sembraban el añil,
Cocían argamasa, vendían pieles y aves;
Así fundaron, rústicos, espléndidos y suaves,
Los prístinos cimientos del pueblo del pipil.

Pipil, es decir niño. Eso es ingenuo y franco.
Vino un anciano entre ellos con el cabello blanco,
Y a ese miraban todos como una majestad.
Vino un mancebo hermoso que abría al monte brechas
Que lanzaba a las águilas sus voladoras flechas
Y que cantaba alegre bajo la tempestad.

El Rey murió; la muerte es reina de los reyes.
Nuestros padres formaron nuestras sagradas leyes:
Hablaron con los dioses en lengua de verdad.
Y un día, en la floresta, votán dijo a un anciano
Que él no bebía sangre del sacrificio humano,
Que sangre es chicha roja para Tamagastad.

Por eso los pipiles jamás se la ofrecimos.
Del plátano fragante cortamos los racimos
Para ofrecérselos al dios sagrado y fiel.
La sangre de las bestias el cuchillo derrame;
Mas sangre de pipiles, oh Cuauemichin infame,
Ayer has ofrecido en holocausto cruel.

— «Yo soy el sacerdote cacique y combatiente!
Tal ha rugido el jefe. Tekij grita a la gente:
— «Puesto que el tigre muestra las garras, sea, pues.»
Y, como la tormenta, los clamores humanos,
Sobre cabezas ásperas, sobre crispadas manos,
Se calman un instante para tornar después.

— «¡Flecheros, al combate!, clama el fuerte cacique.
Y cual si no existiese quien el ataque indique,
Se quedan los flecheros inmóviles, sin voz.
— «¡Flecheros, muerte al tigre!», responde un indio fiero.

Tekij alza los brazos y quédase el flechero
Deteniendo el empuje de la flecha veleno.

Y Tekij: — «Es indigno de la flecha o la lanza!
La tierra se estremece para clamar venganza!
¡A las piedras, pipiles!»

Cuando el grito feroz
De los castigadores cayó y el jefe odiado
En sanguinoso fango quedó despedazado,
Vióse pasar un hombre cantando en alta voz
Un canto mexicano. Cantaba cielo y tierra,
Alababa a los dioses, maldecía la guerra.
Llamáronle: «¿Tú cantas paz y trabajo?» — «Sí.»
— «Toma el palacio, el campo, carcajes y huepiles;
Celebra a nuestros dioses, dirige a los pipiles.»

Y así empezó el reinado de Tutecotzimil.

RUBÉN DARÍO.

Grabado de Aycin.

LA CANCION DE LA MAQUINA DE ESCRIBIR



POR SOFANOR ANTEQUERA

"Se puede encontrar una letra en el alfabeto; pero no se la puede encontrar en la máquina de escribir". Esto lo dije yo hace más de dos años, en los tiempos en que estaba aprendiendo a escribir a máquina, y fui el primero en decirlo. Cuántas veces, entonces, buscando la primera letra de mi nombre —yo soy el primero que tuvo la idea de aprender a firmar a máquina—, no podía encontrar ni siquiera la segunda!... Pero, gracias a Dios, aquellos tiempos han pasado. Hoy he dejado de estudiar la mecanografía. Hoy me siento a la máquina y le meto mano sin preocuparme de las consecuencias.

¿Encontrar una letra en el teclado!... Y aunque la encuentre, oprime uno la tecla y sale esto: &. Del mismo modo, se intercambian las emes y las enes y otras letras, y donde debe ir mayúscula sale minúscula, y donde debe ir minúscula sale punto y coma. También es ordinario que la máquina omita una pala brr palabra, o que la saque repe repetida, o que coloque un número suelto que nada tiene que ver 7 conmigo.

Los renglones encimados son otro de los productos genuinos de la máquina de escribir. Pero es lo que yo digo: "Eso se llama un palimpsesto."

Una vez le mandé una hoja casi llena de esos renglones a un viejo paleógrafo de Czernowicz, localidad rica en paleógrafos. El buen viejo Paleólogo pisó el palito, y me contestó a los nueve meses justos, diciéndome que habiéndose encontrado bastante confuf fuf confuso y desorientado, lo había consultado con algunos viejos orientalistas, y que entre todos habían llegado a la conclusión \$ de que, si el doco docodoco documento no era nada parecido a la tiara de Saitafermes, pocas dudas cabían ya sobre que los caldeos hubiesen conocido el papel, porque la escritura era más caldea que otra cosa. Yo le contesté a vuelta de correo, nada más que estas palabras: "Pobre hombre, tú sí que no estás mal caldero."

En verdad, lo menos importante y extraordinario es que una palabra salga partida en tres o cuatro pedazos, o al revés, que salgan tresocuatropalabras-juntas.

Una cosa muy particular, y primitiva de mi máquina, son unos signos auxiliares y unas abreviaturas que a veces se le ocurren. Las abreviaturas son el % y el %. Los signos son la torre inclinada de Pisa (/), un cerito chico que siempre sale muy alto (^), y que es el símbolo de la Luna, el signo misterioso &, el signo de Géminis (%), el signo de Libra (£) y el signo de Sagitario (\$).

Al % y al % los aprovecho para escribir palabras tales como %te ni m%/te, %javícula y herm%/o. Esto no va tan mal; pero, ¿cuál es la utilidad práctica del cerito, de la torre inclinada de Pisa, del & y de los supuestos signos de Géminis, Libra y Sagitario? A mi nadie me quita de la cabeza que estos son, en realidad, signos secretos de la camorra. Se podría emplear el £ en lugar de la l mayúscula, el \$ en lugar de la S y el misterioso & en lugar del 8, pero esto tendría que ser aprobado antes por algún congreso internacional o publicado en to-

dos los diarios.

Tocante a los acentos y signos de puntuación, es una calamidad. En lugar de dos puntos, sale siempre punto y coma. Por otro lado, los signos de puntuación suelen aparecer de este modo: Cooch, bambal, estile? to : daguerrot, po /.

Donde el acento sale con más seguridad es sobre las consonantes, como en la escritura checa, y sino suspendido en el aire, como la espada de Demo'stenes (Damosles). Aterra pensar en lo que les pasará a los franceses, que tienen tres acentos, grave, agudo y obtuso.

En lugar del acento, sale en ciertas ocasiones el cerito de la Luna, y si cae sobre la o, estamos perdidos. Entonces tenemos la o con el cerito requintado allá arriba, y nadie sabe si es esto : &, o un ocho, o un veterano de Garibaldi con el kepís ladeado sobre la oreja.

Hay en la máquina hasta tres teclas, cuyo empleo inteligente produce que las letras salgan mayúsculas, si Dios quiere. Dos están en primer término, una a la derecha mano y otra a la izquierda. La tercera está en un rincón, al noroeste de la constelación de Géminis. Tocando esta tecla del noroeste, todas las letras salen mayúsculas; pero no hay que tocarla jamás, porque si se toca, la máquina tarda a veces una semana en volver a escribir con minúscula. Ignoro de qué depende esto, e ignoro de qué depende que la máquina, transcurrido un período cualquiera de tiempo, vuelva de su propia iniciativa a escribir con minúscula. Empero, diré que, a mi juicio, no hay defecto sin causa.

Mucho ojo con la tecla del noroeste de Géminis. Habiendo tocado una vez esa tecla, aunque no por acto deliberado, porque ya he dicho que no se debe tocarla, quise escribir el número 3457 y me salió este otro: £\$%&. Toca el tambor, toca el timbre, toca el oboe, toca el obelisco; pero, ¡no toquéis, por vida vuestra, la tecla del noroeste! No toquéis tampoco, si os queda todavía un adarme de juicio, la siniestra tecla del noroeste, que dice: "red-ink". Un mes seguido, después de haberla tocado por imprudencia, la máquina me lo escribió todo con tinta roja. ¡Y hay que ver el efecto que producen, por ejemplo, los signos secretos de la camorra, cuando salen impresos con tinta roja! La tecla —he dicho— tiene la inscripción "red-ink". Pero, estando en inglés, ¿quién hubiera podido sospechar que quiere decir "cuidado con la pintura"? (Y entre paréntesis, ¿qué prácticos son esos ingleses! Nadie más que ellos en el mundo son capaces de decir "cuidado con la pintura", con sólo dos palabras de tres letras cada una.)

El primer día que le metí mano a la máquina, no conseguía sacar sino los dedos duros, y en cuanto a la literatura, completamente ininteligible. Pero me sucedió algo muy notable. Observé que la máquina sabía escribir sola, simplemente actuando yo de fuerza motriz.

Toqué las teclas al azar, y me escribió esto:

oso un uoa.

Quedé bastante encantado. Habían sa-

lido dos palabras verdaderas: oso y un. ¿Qué no hubiera dado yo porque uos fuese también una palabra? Quise buscarle la vuelta para que lo fuese. Leída de delante para atrás, decía sou. Ya era palabra, aunque portuguesa (sou, soy), o francesa (sou, sueldo). Combinando las letras de otro modo, salía la palabra uso, y la italiana suo (suyo). Pero esto era buscarle tres pies al gato. Entonces leí todo patas arriba, y obtuve lo siguiente:

son un oso.

Las tres eran palabras, y a no haber fallado la concordancia, hubiera sido una frase. ¿Cómo no iba a repetir el experimento? Me puse al teclado, y tras-tras, tras-tras, tras-tras, salga pato o gallareta:

ozuoq un opod.

Francamente, a pesar de la palabra un, creí que estaba escrito en ruso. Pero, con la muerte en el alma y todo, lo leí patas arriba:

podo un bonzo.

¡Santo Dios! Decía algo, decía que yo (o ella) podaba un bonzo, el árbol llamado bonzo. El diccionario me diría que árbol era ese: "Monje o sacerdote de la China". ¿Podar yo un fraile, aunque fuera chino?... Volví al teclado inmediatamente:

oso un osnd.

Traducido al patas arriba:

puno un oso.

Esto se prestaba a hondas reflexiones. Una gallina puede poner un huevo; pero, ¿quién en el mundo puede poner un oso?

Volví al teclado:

ozuoq un osnd oso na.

Patatas arriba:

su oso puso un bonzo.

Era una hasaña de parte del oso; pero en la China no se lo consentirían.

Nuevos ensayos me dieron el siguiente resultado:

(1) oznq un oqnH.

(2) ozuoq un opunH.

(3) osouop ouoW.

Patatas arriba:

(1) Hubo un buzo.

(2) Hundo un bonzo. (Protesto contra este hundimiento del pobre hombre.)

(3) Mono donoso.

Las minúsculas salían a un nivel más alto que las mayúsculas, y la letra W formaba una M de affiche, pero las frases no eran ya absurdas, aunque la segunda fuese irrespetuosa en la China. La máquina había progresado. ¿Quién sabe a dónde podría llegar la máquina! osuos opunW (Mundo sonso). La máquina estaba pesimista.

Quise sacar algo más extenso:

unp.unp' unp-unp' oso un osnd'

unp-unp' unp-unp' oznq un op ozod

un opuos' unp-unp'

¿Querrá creerse que la máquina había escrito una canción?

dun-dun, sondo un pozo

do un buzo, dun-dun,

dun-dun, puso un oso,

dun-dun,

dun-dun.

Desde entonces canto siempre esta canción, y me va a las mil maravillas.





Ajá al jardincillo a crearme la cabeza, a distraer el ánimo, llevando como clavada en ella y en él la reflexión que acababa de leer en Marco Aurelio, cuando se decía: «¿Naciste acaso para gozar? ¿No más bien para hacer, para la acción? ¿No ves los yerbaños, las pajarillos, las hormigas, las arañas, las abejas haciendo lo propio suyo, componiendo, por lo que les atañe, el mundo? ¿Y tú no quieres hacer lo humano?» (Libro V de los Comentarios a sí mismo.)

El jardincillo, con la lluvia reciente que dejó lavado y fresco el aire, verdía que era un regalo para los ojos y un alivio para el cansancio de la mente. Como los tallos languidecidos después del riego se recobran, enderezábase la atención rendida por horas de tarea servil. Parecían sonreírme las parras que entre las hojas lanzaban sus zarzillos al agarre. Las peonías hacían estallar entre lo esponjoso de la verdura de sus hojas el rojo atrevido de sus flores. Apuntaban los botones en los rosales. La higuera joven espaciaba sus hojas como otras tantas manos. Sólo el manzano, carcomido en su follaje por la roña, diríase como que difundía una queja silenciosa por el recinto del jardincillo enjaulado. Y por el tronco del manzano subía una hormiga... ¿A dónde? ¿A qué?

¿Hay algo de una intimidad más recogida y más dulce que la de estos jardincillos enjaulados en medio de una ciudad, entre calles y casas? ¿Es que una higuera en el patio de una casa no es algo así como un jilguero que canta dentro de una jaula? Pero no todas las aves cantoras cantan cuando se las aprisiona; las hay que mueren. Para otras, encerradas, el canto les es vuelo. El arbolillo ni puede huir al monte o a la selva. Pero es dulce ver como fondo del follaje del alberchigo — hay uno en este jardincillo — el follaje de la crestería de la Torre de Monterrey, y el verdor de sus hojas bordado, al ponerse del sol, sobre el cañamazo de las piedras que doraron, desde el Renacimiento, los suelos de los siglos.

Me detuve a ver la hormiga que subía por el tronco del manzano y hasta me entraron ganas de ponerle un estorbo delante, de atajarle su marcha con mi dedo, a ver qué hacía. ¡Pero no! ¡Dejarla! ¿A dónde iba? ¿A qué? ¿Llevan un propósito esas criaturitas, o no van más bien a la ventura, empujadas por un instinto ambulatorio, marchando como el pájaro canta, para dar escape a un colmo de energía, y a la buena de Dios y a lo que salga? Siempre he creído que la hormiga más se pasea que trabaja; que es una aventurera exploradora, creyente en el divino Azar, padre de la dicha. ¿Sabe a dónde va?

Allá, cuando el alberchigo florecía y acudían unas rubias abejas a sacar miel de sus blancas flores, una vez mi hijo menor, Ramoncito, me preguntó mirándolas desde la galería a cuyos cristales casi rozan las flores: «Dí, papá, ¿las abejas saben cuando sale el sol?». Y como yo, por decirle algo — pues no he sido abeja — le dijese que sí, añadió: «¡Andaaa! ¡Tan chiquitas y ya saben eso!...» ¿Cabría conocimiento alguno en el seso de una hormiga? ¿Esa diminuta maquinilla viva, tendrá conciencia de lo que hace? Y me acordé de no pocos hombres y de pueblos que son hormigueros, colmenas, tan admirablemente organizados.

La hormiga parecía vacilar, encontrarse en zozobra. Palpaba la corteza del tronco del manzano con sus casi invisibles antenas. Es decir, no sé si lo palpaba o lo olía u otra cosa. Los dos hilillos le palpitaban. ¿Serán un aparato de telegrafía sin hilos con que se entiende con sus distantes hermanas?

Y pensé: ¿Tiene acaso este animalito una tenebrosa conciencia del valor universal, cósmico, de lo que hace? ¿Sabe que no se le puede anonadar a ella — lo que se llama propiamente anonadar, reducirla a nada — que no se puede aniquilar su obra sin que por ello quede anonadado, aniquilado todo lo demás, el universo entero?

La hormiga en el manzano

Por Miguel de Unamuno



¿Tiene conciencia? Cuando uno encerrado en su cuarto y con luz encendida en él, mira en una noche nublada, sin luna y sin estrellas, a través de los cristales de la ventana al campo, se cree que allá fuera sea imposible ver nada para guiarse; pero si sale a él encuéntrase con una difusa claridad bastante para poder caminar sin gran tropiezo. La conciencia de la hormiga será tan chiquita como es ella; le basta si conoce al alcance de sus antenas.

Me he imaginado muchas veces lo que llegaría a ser para nosotros una hormiga, si conservando su forma creciese hasta el tamaño de un león y en la misma medida su fuerza y su agilidad. ¡Bestia feroz! Y en cambio figuraos un león reducido al tamaño de una hormiga y hasta rugiendo a proporción! Pero estas fantasías se prestan a todo. Sin embargo, la maravilla es la de lo infinitamente pequeño. Hay quien cree que el infinito de la fuerza se condensa en un punto.

¿Cómo será el universo en la mente de esa pobre hormiga? Porque este animalito es también centro del universo. Y temí llegar a sentir una sagrada veneración por el diminuto insectillo.

Yo no sé si se daba cuenta de mí, si me percibía por uno u otro sentido; pero en caso de percibirme, ¿qué pensaría de mí? ¡Ah, petulante, vanidoso de hombre! ¿Qué va a pensar de ti la hormiga? Son siempre los grandes los que piensan en los chicos y reparan en ellos, no los chicos los que reparan y piensan en los grandes.

En tanto la hormiga cumplía con su deber, llenaba su misión, iba, por lo que le concernía, componiendo el mundo que habría dicho el emperador Marco Aurelio, el que tanto se habló a sí mismo.

Recordé aquellas hormigas caseras que en la otra casa, en la de la Rectoral, subían a mi lavabo y lo invadían. Ponían terroncillos de azúcar como cebo para atraerlas, y luego de pronto, encendiendo la bombilla, las arrojaba al agua o mojaba los terrones y quedaban presas en la viscosidad del azúcar derretido. Morían así, heroicamente, a montoncillos. Algunas lograban escapar. Pero volvían siempre a la carga y como si el hormiguero fuese inagotable. No sé las que pude destruir. Y era un maligno placer — un placer inhumano, lo confieso — verlas bregar en el agua del lavabo intentando salvarse y luego, inertes, formando un peso en el fondo de ella.

Mi hormiga seguía escalando el tronco del manzano, ignorante, sin duda, de que yo estaba viviendo en ella. Y no obstante así era, estábame haciendo pensar, haciéndome vivir. No era tan sólo por el tronco del manzano, era por el tronco de mi alma por donde escalaba. ¿A dónde? ¿Para qué?

¿Para qué? La mañana era de una serenidad paradisiaca. Todo lo que rodeaba a la hormiga, el manzano, el alberchigo, la higuera, las parras, los rosales, mi casa, las casas vecinas, la Torre de Monterrey, las de la catedral más lejos, todo parecía brotar, como floreciendo, de las entrañas del cielo que ciñe y abraza a la tierra; todo era como una vestidura del espacio, que según el piadoso Newton es la infinitud de Dios. Todo giraba armoniosamente y giraba en torno a la hormiga, que era el centro del universo. Y como antes me vi en la hormiga, empecé a ver a Dios en ella. Aquella hormiga estaba creando el universo. ¡Y era ella, ella y no otra!

Y la hormiga hacia, hacia algo. No era una cosa quieta, inerte, una cosa que se contenta con el bienestar. Porque el bienestar no es más que estar, aunque sea bien. La hormiga obraba, o por lo menos parecía buscar algo. ¿Qué buscaba? ¿Buscaba a otra hormiga, es decir, se buscaba a sí misma? ¿Buscaba el hormiguero de que saliera? Porque he llegado a suponer que las hormigas no salen del hormiguero sino para verlo desde fuera, para darse así cuenta de que es su hormiguero, el hormiguero de que son hormigas. Pues lo de que no salgan sino a buscar provisiones para el invierno, a recoger mantenimientos para sus larvas y sus crías, eso me parece una explicación metafórica de fabulistas y poco más. Y ello a pesar de todas las apariencias en que se apoya el sentido común. No; la hormiga sale para conocer el hormiguero y mediante él, ¡claro está!, el universo todo.

Y en derredor de la hormiga, y recibiendo de ella vida, vivía todo. Ella hacía verdecer al manzano y al alberchigo y a las parras y a los rosales y a la higuera; ella hacía esmaltarse al azul del cielo, ella esplendor el dorado al sol de las torres, ella me hacía pensar. Y el verdor de los árboles, el azul del cielo, el dorarse de las torres eran, como mi pensar, pensamiento también. Pensaban los árboles, pensaba el cielo, pensaban las torres. ¡Y es claro! Pensaban, luego eran!

Y he aquí como bajé al jardincillo llevándome a Marco Aurelio en el alma y subí de él trayéndome en ella a Descartes y dejando a la hormiga en el tronco del manzano.

Dibujo de Fourn.

La raza vencida

I

Allá, en el confin de la pampa, acababan de librarse los últimos combates contra el indio audaz y libérrimo. Los bravos caciques, símbolos heroicos de una raza admirable, caían para siempre sobre sus caballos de pelea, prefiriendo la muerte liberadora a la esclavitud denigrante ofrecida por el cristiano conquistador. El ejército argentino, embriagado por el triunfo, dominado por el deseo impetuoso de dar fin a una epopeya prolongada en demasía o convencido de la necesidad de exterminar a un enemigo a quien se sabía irreductible, resolvió su inmolación para escarmiento eterno de tercios y de rebeldes. Y así fué como un sol de sangre enrojeció las aguas de los campos y cómo sobre las lomas quedaron blanqueando las osamentas de los pobladores primitivos, la tribu quemada y convertida en abono irreemplazable y generoso de su propia tierra, granero futuro de otras razas tan egoístas como crueles que sobre el solar violentamente destruido plantarían nuevas tiendas de paz y amor...

El huracán de fuego había arrasado con todo. Sobre el vasto escenario, el desierto de América sin límites, parecía flotar el humo de la sangre aun caliente del último vencido. Ni heridos, ni lisiados. ¡Todos muertos! Sobre la inmensa llanura no quedaba en pie un solo guerrero, una sola lanza, un solo hombre de combate. La consigna trágica se había cumplido en forma terrible y definitiva.

Fué entonces que allá, en el confin de la pampa enrojecida, comenzó a crecer, ante el asombro de los conquistadores, una sombra doliente, formada por las mujeres y los niños de los formidables guerreros.

— ¿Qué hacer? — se dijeron los conquistadores. — Y un pensamiento lúcido, una idea tan humanitaria como diabólica, cruzó por sus cerebros donde ya dirlase echar semillas la gloria. Sí, la sombra doliente constituiría el trofeo de la victoria estupenda; las mujeres y los niños de los formidables guerreros muertos en su ley de hierro, serían la ofrenda que ellos, los civilizados vencedores del salvaje, los dominadores del desierto, arrojarían en el ara de las ciudades llenas de luz amable y purificadora. Ofrenda viva, palpitante, carne de sacrificio, dolor y fuego, testimonio irrecusable y perenne de la hazaña sin par.

Y el cautiverio fué con la sombra...

II

Circuidos, rodeados los cautivos, comenzó a andar la sombra, la sombra doliente formada por las mujeres y los niños de los formidables guerreros. Escoltada por las bayonetas de los vencedores echó a andar por la pampa salvaje y conquistada, rumbo a las ciudades felices.

Ahí va el trofeo. Marchan las madres, las pobres madres, con los hijos del amor a cuestas. No es odio lo que brota de sus ojos. Brillantes de amargura, ellos dicen que la fuente del llanto ha comenzado a correr para no secarse, nunca, jamás, sobre el mundo. El sol sigue tostándoles la piel y el alma. Marchan como al suplicio. Marchan porque son madres. No tuvieron fruto sus entrañas y el mismo sol glorioso que alumbró ayer la pampa libre y que ahora parece insultarlas con sus rayos de oro, las vería arrojar deshechas de ira, locas de venganza, sobre las bayonetas centelleantes.

Ahí va el trofeo. Marchan los hijos, los hermosos retoños de la brava raza. Azorados de horror ante el desastre, las caritas anchas y picaras se han torcido en una mueca indefinible. Son máscaras de espanto, contraste remarcable entre el rictus de dolor de las madres y el gracejo de las caritas hermosas, frescas y rozagantes de los hermanitos en brazos. Marchan los hijos, marchan pegados, adheridos, dirlase incrustados en las carnes de las madres como si el retoño, temeroso, pretendiera volver a la rama de donde brotara, o el



"MILACHE"

propiedad viviente sin encontrar más obstáculo que la resistencia natural del pequeño esclavo a sus infantiles y crueles caprichos.

IV

Comenzaron a correr los días tristes y desolantes para el indiecito. El pequeño descendiente de la raza indomable no exteriorizaba mayormente el sufrimiento de su alma infantil despedazada. Pero algo había tan hondo, tan profundo, en sus ojos llenos de azoramiento, que hubiera impresionado, dolorosamente, al menos sutil de los observadores. Sólo la inconsciencia de la hermosa señora pudo haberlo considerado a la altura moral de un simple animalito doméstico. A la verdad que lo único que hubo de extrañarle es que no mordiera. Efectivamente, ni los pellizcos, ni los tirones de orejas, ni los golpes con que a diario le obsequiaba su dueño, consiguieron sublevarle. Sufrió resignado el inicuo tratamiento como convencido de la inutilidad de la protesta. El sentimiento de lo fatal parecía poseerle, porque en realidad no era el miedo quien le inspiraba, y así lo demostró siempre, con su actitud serena, ante cualquier peligro verdadero.

El tirano diminuto, el niño mayor y mimado de la casa, había aceptado el obsequio con la misma complacencia que hubiera demostrado ante un perro grande que no ladrara ni acometiera, un gran gato que no arañara o un cachorro de tigre carente de garras y de mal humor. Claro está que en su cerebro, deformado por una educación tan falsa como la que podía darle la hermosa señora que era su mamá, no era posible despertasen sentimientos humanitarios ni fraternales para el indiecito. El lo había aceptado así, como una cosa enteramente suya, entregada en donación, de la que podía y debía disponer a su antojo. Una cosa siempre dispuesta a complacerle. No podía, pues, comprender que aquel niño perteneciente a otra raza, fuera su igual en derechos, ni sufriera con sus dolores, ni se entretuviera con sus alegrías, ya que el sentimiento y la verdad tienen, forzosamente, que estar muy lejos de los niños educados por cerebros tan singulares como el de la hermosa señora que era su mamá.

V

Un día le preguntaron en el pueblo:

— ¿Cómo te llamas?

Y él, seco, con acento filoso, rajante, dijo:

— Milache.

— ¿Milache? ¿Por qué Milache?

En la casa le habían denominado Camilo cuando entró en ella y hasta entonces se le conoció por tal, pero desde ese día su nombre cambió.

¿Fué Milache una deformación de Camilo o era aquél el nombre verdadero con que se le conoció en la tribu? El caso es que nadie supo nunca el origen del extraño vocablo que a poco andar había hecho familiar en el pueblo.

Lo que sí supo éste, aunque sin parar mientes en ello, fué la inconsideración, el mal trato y hasta la crueldad usada para con Milache por el pequeño verdugo que era su dueño.

Pero nadie a la verdad dió al hecho su alta trascendencia, nadie vió en el pobre Milache, resignado, que él representaba, en realidad, el símbolo doliente de la raza vencida. Por el contrario, hasta hubo quien festejara las gracias del pequeño verdugo, estimulando sus instintos perversos.

Entretanto, pensemos que el dolor de Milache era el de todos los niños indígenas en cautiverio cristiano. Entretanto, pensemos en el dolor de esas madres, más desgraciadas aún que la de este pequeño inmolado, cayendo todas, junto a su prole, muertas de pena, de extenuación y de asfixia, entregando a sus opresores la última gota de su sudor de trabajadoras, encerradas en las cuevas de las ciudades malditas, como águilas presas con las alas plegadas contra los hierros, en las jaulas sin luz y sin aire del cazador.

fruto, amedrentado ante la vida, replegarse a la entraña que lo concibiera.

Y así llega la sombra doliente hasta los mismos andenes de las estaciones ferroviarias, ayer fortines de avance contra el indio, donde la locomotora humeante espera la carga preciosa, el trofeo de gloria, la ofrenda viva y palpitante de los conquistadores a las ciudades ya tranquilizadas y exentas del temor al malón arrasante y de desquite...

III

Iban los trenes devorando el camino, repletos los vagones con la ofrenda viviente. No eran aquellos los rezagos de una raza en derrota. Era la raza misma, toda la raza en su manifestación femenina e infantil, cautiva del cristiano vencedor del indio. Del confin de la pampa habían partido los trenes rumbo a la gran ciudad. La sombra doliente, encerrada, ultrajada y vencida, cruzaba ahora en viaje fantástico hacia su monte calvario. Las indias madres, azotadas por el sufrimiento, febricitantes y en pleno delirio, doblaban, unas, sus hermosas cabezas sobre los fuertes retoños prendidos a los senos casi exhaustos por el cansancio y la pena, mientras otras quedaban como extáticas, frente a los vidrios de las ventanillas, con los ojos atónitos y fijos allá en el confin lejano de la tierra querida, donde quedaban para siempre los cadáveres aun amenazantes de los guerreros. En las estaciones de tránsito hacían alto los trenes y allí, en cada andén, comenzaba el reparto del botín preciado, el obsequio del conquistador del desierto a las ciudades felices.

Como el ganado en las ferias se elegía a los cautivos. Cada familia pudiente tenía derecho a una madre con su cria. Al separarlas del grupo, las indias rugían sordamente. ¡Oh, designio siniestro! Nunca un dolor más intenso brotó de pechos humanos y nunca en pechos más duros rebotó el gemido de una raza vencida. En la estación Mercedes, una señora del pueblo, una hermosa señora, había atraído con mimos y artimañas a un indiecito simpático y juguetón hacia el estribo de uno de los coches. No quería cargar con la madre porque no la necesitaba. Al ponerse el tren en marcha, de un manotón certero arrancó del estribo al indiecito y lo ocultó entre sus faldas. El tren, traidor e impasible, partió con la madre. Después, en el tren ya en fuga, un sollozo de muerte; un sollozo de madre que pierde al hijo. Y en la estación una carita ancha y juguetona doblemente azorada y una risa argentina festejando la travesura...

¡Y esa señora era madre también, sus entrañas habían dado fruto y por su redención en la tierra dió que una gota de sangre del mártir cristiano se derramó en el Gólgota!

Una que otra voz, — muy débil por cierto, — se levantó en el pueblo para condenar aquel acto. La verdad fué que la hermosa señora se apropió del retoño indígena y que éste, a guisa de juguete, fué entregado al niño mayor y mimado de la casa, un pequeño tirano, quien entró en posesión de la



VI

Como en todos los de su raza, los días de *Milache* están contados. El hado fatal vela implacable sobre los descendientes querandies, esperando sólo el momento propicio para la inmolación. Nadie será perdonado. El crimen de resistencia al civilizador había de pagarse con la muerte del último retoño. El fruto de las madres, recién concebido, se secará en sus entrañas y los vástagos, ya en pie, quedarán detenidos en su desarrollo, minados por los miasmas de las ciudades malditas. Jornada postrera y dolorosa de una raza, odisea digna del verbo candente de los antiguos profetas y contemplada con una impavidez rayana en la insensibilidad moral primitiva por el cristiano redimido. Alguien ha dicho que nadie sufre sino su propio dolor.

Un día, el más hermoso de un verano ardiente, tuvo *Milache* un gesto de rebelión, extraño en él. Probablemente su dueño colmó la medida en uno de sus habituales castigos y el fuego del sol, como dardo aguijoneante, despertó en el niño indígena instintos ancestrales.

Ante el primer bofetón amagado por el verdugo, el indígena, dibujando en el aire un signo de defensa, abrió la mano a manera de garra y barajó el brazo enemigo, con tanta fuerza que la muñeca castigadora cedió, doblándose vencida por la inusitada presión.

La actitud inconsulta, la resistencia inesperada del indiecito, hizo llamear en ira al niño cristiano y el grito estridente que exhaló su garganta, estremecida por la emoción y el miedo, fué el toque

de atención a la servidumbre de la casa, que acudió solícita a prestarle sus auxilios.

Después salió de su boca la orden sin réplica:

— ¡Atenlo!

Y señaló el banco donde otras veces él, con sus propias manos, lo suplicara.

Los criados obedecieron y el niño quedó ligado con el mismo cáñamo fuerte que le servía de rienda cuando el pequeño verdugo lo convertía en caballo.

Retirada la servidumbre, el niño cristiano empuñó el látigo que nunca abandonara desde que le entregaron el juguete con vida y, amenazante, dijo:

— ¡Vas a pagármelas!

Después, rojo de cólera, cruzó la cara del mártir con la lonja áspera y flexible.

Los ojos del indio relampaguearon de indignación y de impotencia. Por segunda vez vibró en el aire la cuerda del látigo y el golpe, flagelante, no se hizo esperar. ¡Pobre *Milache*! La rabia le ahogaba. No pudo contenerse y, furioso, feroz, ebrio, loco de dolor y de pena, escupió su desprecio sobre la cara del cristiano enemigo. Fué su sentencia.

— ¡Ahora voy a quemarte! — rugió, más que dijo, el niño cristiano. — Y con unas hojas de diarios viejos que empapó en kerosene, encendió la pira.

Cuando las lenguas de fuego rozaron sus carnes, *Milache* comenzó a retorcerse y la expresión de su dolor fué tal, que el cristiano se espantó de su propia obra.

Llamó, y los criados acudieron de nuevo en la creencia de que *Milache* hubiera roto sus ligaduras proporcionándole al niño un nuevo disgusto.

Cuando la servidumbre pudo accionar contra el fuego, había éste tomado tal incremento alrededor del cuerpo del indio, que la vida parecía consumirse en sus pupilas.

A los pocos días agonizaba *Milache*, después de un sufrimiento indecible. Las quemaduras eran de tal índole que la ciencia no encontró remedio para cicatrizarlas.

Es fama en el pueblo que no exhaló una sola queja. Una tarde, en la hora más triste, cuando el sol se hundía en el confín de la pampa, hizo una señal de atención a los que le rodeaban:

— ¡Milache! — dijo. — Y murió.

Un poeta amigo, que conoce esta historia, asegura, bajo la fe de su fantasía, que *milache*, en la lengua del niño indígena, quiere decir: *juventud*...

ALBERTO GHIRALDO.

Dibujos de ZAVATTARO.



NUESTROS ACTORES ROBERTO CASAUX

En la última temporada del Teatro Apolo, Roberto Casaux ha destacado fuertemente su personalidad artística, cuando, con suma habilidad y talento, infinitas de personajes.

Actor correcto y sobrio, estudioso y discreto en el decir, posee la justa medida de la comicidad que aprovecha con la certera eficacia que le indica su buen gusto. Hoy por hoy es, sin disputa, uno de los actores que más han contribuido al desarrollo del teatro nacional argentino.

Concluye la función, o termina el ensayo, y Roberto Casaux abandona instantáneamente el teatro.

Una vez en la calle, me dice, huyo de mis compañeros; trato de evitar el encuentro con autores y empresarios; evito las conversaciones teatrales. Hago, en una palabra, todo lo posible por olvidar lo que soy; pero no lo consigo. Donde quiera que vaya... en el tranvía... en el café, en todas partes hay siempre alguien que me señala con el dedo, diciendo: «Ese es Sarraqueta»; o «Ahí va el distinguido ciudadano», y esto francamente me molesta. No poder nunca ser yo, sino un personaje de los que caracterizo, es desesperante.

— Eso prueba tu popularidad, — me atrevo a objetarle.

— Es que la mía tiene la originalidad de que no es mía, sino de mis personajes. Con decirte que se ha dado el caso de salir con mi mujer a la calle y oírle a uno que decía: «Miren, ahí va el doctor Palleja con la mujer de Casaux», y como comprenderás, eso es ya inaguantable.

Algo preocupado está Casaux con la pérdida de su personalidad; con la paulatina desaparición de su yo, pero esa preocupación no ha llegado a cambiar su carácter jovial, ni ha borrado de su rostro bonachón la eterna sonrisa, franca e infantil.

— ¿Estás contento? — le pregunto. — Ahora que ya eres un primer actor y está tu nombre al frente de una compañía, supongo que habrás perdido el miedo.

— ¿El miedo? Jamás. Te lo juro; tengo más pánico que nunca. El verdadero peligro no está en subir, está aquí arriba, en el puesto que hoy ocupo. Saberse sostener, guardar el equilibrio, he ahí el secreto. El éxito de un actor, está en no marearse con las alturas. Yo por eso me vengo todas las tardes a esta terraza, para mirar Buenos Aires desde arriba.

— ¿Y crees en nuestro teatro?

— ¿Cómo no he de creer? Con entusiasmo. Nuestra temporada del Apolo ha encauzado hacia el teatro nacional un núcleo de gente joven, con ideas nuevas y sanas, un grupo de muchachos con aliento y esperanza, que no se meten en los cafés a murmurar del compañero, ni usan melena de superhombres, pero trabajan con fe, y estoy seguro de que pondrán nuestro teatro a un nivel decoroso, al que jamás lo llevaron los que para sí no tienen ese decoro personal.

— ¿Quieres decirme por qué eres cómico? Tengo entendido que no lo eres por necesidad. ¿Lo eres realmente por afición?

— Sí... no lo puedo remediar... el teatro me atrae, desde chico yo era loco por el teatro; mi sueño dorado fué siempre ser actor, y contra la voluntad de mis padres, debuté y... ya ves, soy cómico... demasiado cómico quizá, porque, como ya te he dicho, sigo siéndolo para el público, hasta fuera de la escena.

— ¿Cuál es tu obra favorita?

— ¿Quieres creer que no la tengo?...

— ¿Cuál es, a tu juicio, la mejor actriz nacional?

— Sin duda alguna, Angelina Pagano es la más completa de nuestras actrices; no quiere decir esto que sea la única. Creo firmemente que Camila Quiroga, primera actriz de nuestra próxima temporada en el Apolo, se impondrá al público, revelándose una buenísima actriz, pues hasta hoy no ha tenido ocasión de desenvolver sus facultades, no sólo por la falta de ambiente, sino también por falta absoluta de dirección artística.

— A propósito de dirección artística, ¿tú crees en eso?

— Cuando ella está en manos de hombres de la cultura de Joaquín de Vedia, de su ilustración y de su buen gusto, no es posible dudar de su eficacia.

Como ya iba tomando esta información un carácter de vulgar reportaje y temiendo incurrir en las eternas preguntas sobre mil cosas que a nadie interesan, resolví prudentemente cortar por lo sano y despedirme del simpático primer actor del Apolo y de su bella esposa, Esperanza Palomero, discretísima y elegante actriz de la compañía.

EL DOCTOR MISTERIO.



CASAUX Y SU ESPOSA, ESPERANZA PALOMERO, A LA HORA DEL TÉ.



CASAUX TRANSFORMÁNDOSE FRENTE AL ESPEJO DE SU CAMARÍN.

«Virgen, madre de Dios, no permitas que ni el odio ni el crimen encuentren puerta abierta en esta casa.»

Hofgasse, N.º 30.

«No confíes en el mundo,
Desconfía del dinero.
No confíes en la muerte,
Confíate sólo en Dios.»

Anno 1676.

«Sé sincero y está pronto
Como enfermo y como sano,
Porque no sabes el día
Ni tampoco sabes la hora.»

Anno 1639.

«¡Oh, hombre! Piensa en tu última hora,
Que tal vez te tome fresco y sano!
Que te vayas o que vuelvas,
La muerte te acecha siempre.»

Anno 1648.

«El que quiera considerar aquí abajo
El cambio de todas las cosas,
Ninguna dicha puede alegrarlo,
Ninguna desgracia entristecerlo.»

Estos últimos letreros se encuentran en la plaza principal de Yünstuck, y como se ve, datan todos del siglo XVII. Los siguientes, pertenecen a otro género menos elevado, pero tienen igual interés por su ironía, su pesimismo o por las conclusiones sobre la divinidad y humanidad, a que han llegado esas naturalezas de montaña.

«Puse esta casa en las manos de Dios
Y se quemó tres veces.
Ahora se la he confiado a San Florián
Y espero que me la cuidará mejor.»

Merán, 1839.

«Esta casa está en la mano de Dios!
Protégela del fuego y de las tormentas,
De la guerra y de la vergüenza.
En una palabra, déjala como está!»

«Ponemos, ¡oh Dios! bajo tu protección
Nuestras vacas y nuestra patria!»
«Que Dios nos libre de los malos tiempos,
De albañiles y de carpinteros,
De doctores y de boticarios,
De hipócritas y de cuenteros,
De abogados y dinero falso,
Y seremos dichosos en este mundo.»

«San Florián, sé nuestro patrón,
Y no permitas que se incendie nuestra casa
Aunque dejes quemar la del vecino.»
«Esta casa fue confiada a Dios, tres veces,
Y las tres veces fue quemada.
La cuarta vez que fue edificada,
A San Florián fue confiada,
Y también se quemó.
Después, mi padre y yo la hemos cuidado,
Y nunca más se ha quemado.»

Bozen, 1669.

«No traigas ni lleves cuentos,
Si quieres ver felices
A los seres que habitan esta casa.»

Stadtplatz. — Estrasburgo, 1594

Un letrero análogo existe en la preciosa casa de estilo alemán, del siglo XVI, que hizo edificar en el Tíger, el señor Ernesto Tornquist y que ahora pertenece a uno de sus hijos.

También en Estrasburgo, en casa de un cerrajero, en la plaza de Kléber, se puede leer la siguiente inscripción:

«Si cada boca maldiciente,
Se cerrara con un buen candado,
El noble oficio de cerrajero,
Sería el más productivo del mundo.»

Anno 1746.

Un cordelero de la misma ciudad, que vive en la Kúfergasse N.º 8, no ha querido ser menos y ha puesto al frente de su casa:

«Si a todos los ladrones,
Se les colgara de un árbol, con un buen cordel,
No andaría tanto pícaro suelto
Y yo vendería más cuerdas.»

Muchas veces, al releer todas estas inscripciones, copiadas en mi libreta de viaje y recogidas al azar de mis excursiones, tanto en las calles de las ciudades, como en las aisladas casas de las montañas, he pensado que una ciudad como Buenos Aires, que trata siempre de imitar todo lo bueno que nos viene del extranjero, podía adoptar una modalidad que no cuesta nada y sería siempre provechosa para los transeúntes.

Me he dicho que sería acción buena, si un diario importante o una persona caracterizada, lanzara la idea e hiciera la propaganda, para que la recojan los propietarios que edifican en estos momentos.

¿No sería esto dar un sello de originalidad a nuestra vieja ciudad colonial, que tan poca tiene hasta ahora?

Esta ciudad nuestra, tan querida y tan aristocrática, a pesar de ser republicana, ¿no se sentiría orgullosa de ver a cada familia ostentando una especie de blasón sobre sus puertas, como los antiguos escudos de las casas solariegas, que hablaban a los pa-

santes, de honor y de viejas glorias? No creo que, fuera de Alemania, haya país alguno que practique tan bella costumbre; por qué, pues, nosotros, que hemos copiado a la Alemania sus gloriosos uniformes, sus industrias tan fecundas, no tomamos también de ella, lo que tal vez sea el secreto de su fuerza y de su grandeza: popularizar los preceptos de moral y honradez, de manera fácil, encontrándolos a cada momento en el camino, por medio de sentencias y refranes, que han sido y serán siempre la sabiduría de las naciones?

Al creer que en el mundo moderno, no haya país alguno, fuera de Alemania, que conserve el uso de las inscripciones murales, conozco algunos casos particulares que hacen excepción a la regla, como por ejemplo, la casa consistorial de Toledo, donde grabados en caracteres de oro, en el primer rellano de la escalera, se pueden, o mejor dicho, casi no se pueden leer ya, los célebres versos de Gómez Manrique, y que transcribo de memoria, no sé si con algún error:

«Nobles, preciados varones,
Que gobernáis a Toledo,
En aquestos escalones
Desechad las ambiciones,
Codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
Dejad los particulares.
Y pues que sois los pilares
De tan riquísimos techos
Estad firmes y derechos.»

Pienso que nuestras jóvenes madres, podrían inducir a sus maridos, que hicieran grabar en los frontones de sus casas nuevas, un pequeño trozo de esa sabiduría de los pueblos, en la seguridad de que sus hijos, niños hoy, pero nuestros hombres de mañana, no podrán sino ganar, al familiarizarse desde pequeños, con esas grandes verdades, que en su aparente sencillez, encubren tantas lecciones de la vida.

En un hogar alemán, que me es muy querido, un amigo, poeta y literato, durante una ausencia de los habitantes, hizo poner en la puerta de la casa, una poesía, inspirada por el ambiente que reinaba en ella, y que ofusó de tal manera la modestia de la familia, que a su regreso la hizo borrar. Por una concesión, sin embargo, al viejo amigo y en agradecimiento a su delicada atención, consintieron en que se grabara en el rincón más obscuro del vestíbulo de entrada, donde solamente los iniciados lo pueden leer y donde ha quedado como un homenaje a la verdad

CRÓNICA SOCIAL

La Dama Duende

Muy complacida responde la Dama Duende al llamado de Plus Ultra, y al aceptar la afectuosa hospitalidad de esta sección femenina, espera que sus distinguidas lectoras la consideren amiga fiel y sincera, por más que puedan reprocharle en ciertas ocasiones, una que otra indiscreción, o protestar contra la anticuada rigidez de sus principios.

La experiencia de los años da el derecho de censurar modalidades que no son compatibles con los prestigiosos antecedentes de nuestra clase dirigente: ningún privilegio de rango ni de fortuna pueden autorizar fallas o extravagancias, muy comunes a la educación moderna... hallándome, pues, incapaz de dominar el impulso de aconsejar a la juventud, corriendo el riesgo de ganarme antipatías, o de provocar la burla de las desprecupadas, hago mi profesión de fe, rogando a mis lectoras interpreten mis sentimientos, en la seguridad que son inspirados siempre por el anhelo de conseguir que mis encantadoras compatriotas, atesoran las cualidades que puedan perfeccionarlas, consagrándolas modelo de todas las virtudes y de todos los atractivos.

Después del obligado preámbulo, no ha de faltarles tema para el comentario de actualidad...

A pesar de haber terminado el año en medio de un torbellino de acontecimientos que hasta llegaron a amenazar nuestra tranquilidad, jamás ha alcanzado nuestra vida mundana tal grado de intensidad: ¿descontaremos acaso el porvenir (según creen los pesimistas) haciendo amplia provisión de bullicio y alegría, para llenar con su recuerdo horas menos gratas? ¡No lo permita Dios! Y que este año que se inicia, sea de dichosa reacción para todos los que amamos la vida, encarándonos sus reveses con firme resolución, y saboreando intensamente las horas de serenidad y contento que podamos alcanzar...

En todos los hogares, se saluda el nuevo año, con sonrisas de esperanza; y en los festivales celebrados desde la Nochebuena hasta esta primera quincena del año, luces, música y algazara, llenaron el ambiente de dichas vibraciones... la crónica diaria detalló ampliamente el éxito de las fiestas pro-verbales; en cambio, no trascendieron otros

tar también el gesto amplio y generoso de una de nuestras más encomendadas damas, en la seguridad que muchas otras han de seguir su ejemplo, puesto que felizmente no se pierde en nuestro ambiente ninguna iniciativa que encierra un propósito benéfico, y sobre todo, cuando se dedica a la infancia desvalida.

Todo Buenos Aires conoce la soberbia mansión donde reside una de nuestras más distinguidas matronas, que fuera en su juventud, bellísimo e inteligente ornato de los salones porteños; de arrogante porte, espíritu cultivadísimo, elevada situación social y pecuniaria, eligió, entre la falange de sus admiradores, al distinguido caballero, cuya desaparición la hizo alejarse, hace varios años, de la vida social activa. Los amplios salones donde atesoró tapices dignos de museos, donde reunió un artístico mobiliario reproducción exacta de los que admirara en Versalles, en una de sus primeras iras por el extranjero, no se abren ya para las suntuosas recepciones de otra época; no lamentemos los raudales de armonía que se oían desde el parque, al abrirse los balcones del elegante palacete... la exuberante algazara de los humildes chicos de aquel populoso barrio del Oeste, domina hasta el bullicio de sus colegas, los gorriones, que relinchan, como dueños y señores del encantado jardín; centenares de humildes invitadas llenan las avenidas del parque, los días festivos; tienen a su disposición hamacas y petates, y más afortunados aun que los que disfrutan de todas las diversiones instaladas en la Rosaleda de Palermo, conocen la bondadosa sonrisa, la generosa previsión de doña Isabel Frías de Muñiz...

Esperemos que tan hermosa iniciativa decida a muchos potentados, dueños de residencias análogas, a sacrificar un tanto la artística perspectiva de sus jardines, permitiendo que sus humildes vecinitos puedan hacer amplia provisión de luz y de aire puro, tan mezclados en sus modestísimas viviendas.

ENCUESTA

DURANTE LA CONFECCIÓN DE ESTE PRIMER NÚMERO, HEMOS ORGANIZADO ESTA ENCUESTA QUE, POR CREENCIA DE ALGÚN INTERÉS, LA OFRECEREMOS A NUESTRAS LECTORAS CON LAS OPINIONES RECOGIDAS.

¿Qué personalidad femenina de la historia, habría deseado usted encarnar?

RESPUESTAS:

De los tiempos antiguos, a Cornelia, madre de los Gracos; y de su época, a Mme. Campan, por su abnegación para con su benefactora María Antonieta; por el mérito de sus iniciativas que comprendían ya que era necesario dar a la joven una instrucción y una educación que hiciera de ellas mujeres útiles; admiro el tacto con que se supo mantener en el justo medio entre la frivolidad excesiva del ambiente y el desorden que las tendencias enciclopédicas de Mme. de Genlis ocasionaron en la educación de la juventud.

CAROLINA LENA DE ARGENTI.

Juana de Arco que, con sublime heroísmo, se inmoló por su patria.

TERESA DE U. DE SÁENZ VALIENTE.

Juana de Arco.

ELVIRA DE LA R. DE LÁINEZ.

Ninguna. ¿Por qué? Porque las que más me gustan murieron tristemente.

ARNOLDA B. DE ROLDÁN.

Jeanne d'Arc.

LAURA HOLMBERG DE BRACHT.

Juana de Arco, porque simboliza la fe y la virtud las más puras, al mismo tiempo que el patriotismo sublime, capaz de todos los sacrificios.

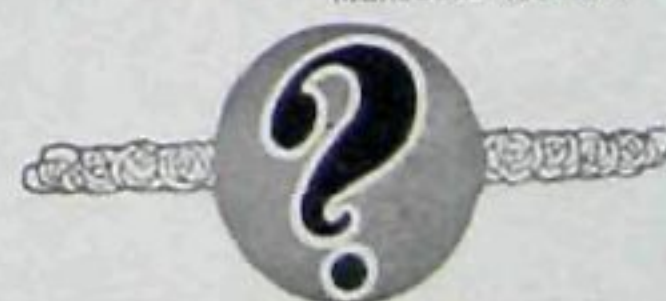
ADELA B. DE RUIZ.

Madame de Staël, admiradora de sus escritos.

PAULINA PARRAVICINI DE PARRAVICINI.

Florencia Nightingale, la famosa heroína de Crimea, cuya inteligencia y abnegación reportaron tan grandes beneficios a la humanidad; a su iniciativa se debe la legión de mujeres útiles y abnegadas, que prestan hoy sus servicios en los campos de batalla.

MERCEDES MORENO.



¿QUIERE USTED SABERLO?

En el próximo número se contestarán a todas las preguntas que nuestras amables lectoras quieran hacer sobre tópicos femeninos.

MARIA LEBEM

INSTANT

Un silence autour de moi et dans moi-même.
Un silence pittoresque, plein d'images aimées.
Voici mes souvenirs passer en robes fanées
Et les heures où l'on pleure et les heures où l'on aime.

Je regarde le jardin avec les yeux fermés,
Et je le vois pourtant uni et parfumé
Avec des rosiers ou des roses moururent
Et des branches sans feuilles ou la brise murmure.

Les oiseaux sont ivres ou fous. Je ne sais...
Quel est ce chant si doux dans ce jardin si triste?
Le soir s'avance voilé dans sa robe amethyste.

Escorté d'un long sillage de regrets...
Tout se tait. Et j'écoute avec un grand émoi,
Chanter en moi-même-tous ce qu'on ne dit pas...

MARÍA LUISA PAVLOVSKY MOLINA.

estricta del sentimiento que inspira ese interior a todo el que ha tenido la buena suerte de entrar en él.

A las madres argentinas de que hablaba hace un momento, a las fundadoras de nuestros hogares, a las que educan a nuestros grandes hombres futuros y a las madres del porvenir, a ellas, les deseo que puedan, con la misma justicia, ver grabada en sus hogares la poesía a que me refiero y cuya traducción es la siguiente:

«Caminante, si recorres el camino de la vida en busca de la felicidad, detente y penetra en Blumenau, donde la encontrarás.

Aquí, donde el mutuo amor y el talento, han elegido su morada, aquí reside un pedazo del Paraíso, formado por la pureza de corazón y la inteligencia del espíritu.»

ecos menos brillantes, pero que merecen exteriorizarse, puesto que revelan la faz más luminosa de estos festejos tradicionales.

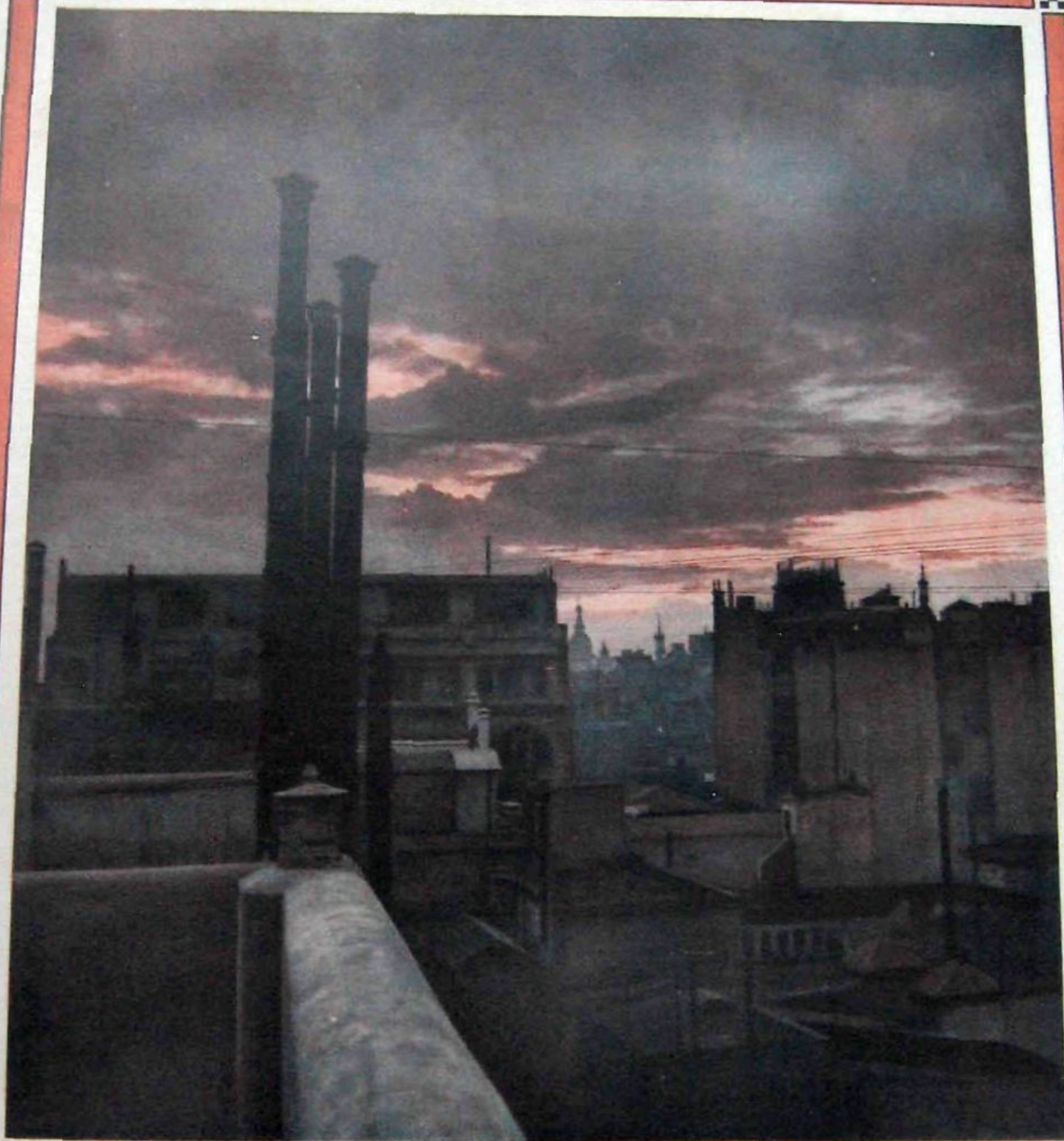
Si los niños pudientes lograron en estos días los ensueños de sus deliciosas y rizadas cabecitas, los que no pueden lucir bucles ni moños, los que visten un delantalito uniforme, los que no pueden decir: ¡mamá!, han tenido también su Navidad radiante, gracias a la bondadosa solicitud de las Damas de la Beneficencia y a todas las madres, que quisieran realizar las aspiraciones de todos los pobrecitos desheredados, no ha faltado el árbol en ningún asilo infantil, y casi aseguraría que los humildes autos y locomotoras de latón, han sido recibidos con el mismo entusiasmo que las costosas maravillas mecánicas, adquiridas tal vez con sacrificio.

Pero no he querido aludir únicamente a la obra de asociaciones benéficas; he de anotar



EN MAR DEL PLATA

LA HORA DEL BAÑO
Dibujo de HURFANO.



AL CAER DE LA TARDE

Hora de quietud, hora de calma.

El bullicio de la ciudad, que hasta mí llega confuso con el vaho de la calle, va disminuyendo, y una calma sedante acaricia mi espíritu fatigado, más que por la labor cotidiana, por la monotonía de esa misma labor.

La masa gris de los edificios cercanos dibújase recortada sobre las tintas rosadas del horizonte, manchado a trozos por las pinceladas violetas de algunas nubes que, henchidas en lo alto, descienden en arbitrarios dibujos para amortiguar las luces crepusculares que cambian de coloración a cada momento.

Los negros tubos de las rígidas chimeneas, agrupadas unas, aisladas otras, se alzan rectas aquí y allá, coronadas con sus caperuzas cónicas, cual centinelas inmóviles, destacándose violentamente sobre las tintas aun claras del cielo.

Lentamente, las sombras de la noche, cada vez más densas, van invadiéndolo todo, borrando los contornos, esfumando las cosas, fundiendo los objetos en un tono plomizo y uniforme. Algunas ventanas empiezan a brillar salpicando con sus rectángulos color de fuego la obscuridad del crepúsculo...

La antipática bocina de un auto, como un latigazo, interrumpe bruscamente mis meditaciones, tornándome de pronto a la realidad de la vida.

Y al descender las empinadas escaleras de la azotea, siento en mi interior la sana y dulce alegría de poder gozar aun con estas contemplaciones silenciosas, calmantes del espíritu, fugaces momentos de emoción estética.



EL NUEVO ENVASE PORRÓN PARA ACEITE DE OLIVA

(PATENTE EXCLUSIVA DE LA CASA JOSÉ BAU)

EL ACEITE ESTÁ ENCERRADO EXENTO
DE AIRE. -CADA PORRÓN ESTÁ LLENO
POR COMPLETO DE ACEITE.

HIGIENE Y ECONOMIA

Significa una evolución importantísima en beneficio de los consumidores de aceite fino de oliva, la creación de este nuevo envase (Porrón) que resuelve de golpe las dificultades y deficiencias que todos encuentran en los envases más o menos cuadrados.

LA ECONOMIA E HIGIENE DEL ACEITE ENVASADO EN PORRONES, en vez de en latas comunes, fácilmente se demuestra:

Las latas comunes, por el hecho de no terminar en cúspide, no pueden ser llenadas, haciendo el vacío de aire; contienen, por lo tanto, aceite en contacto con aire encerrado.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, no pueden vaciarse completamente, siempre queda un gran desperdicio de aceite en el ángulo correspondiente al orificio practicado para abrir la lata.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, contaminan el aceite así que se abren, porque la superficie es plana y caen sobre ella materias extrañas (en la cocina o en la despensa), y cuando se sirve el aceite, se contamina más o menos con dichas impurezas.

Hasta el aceite de botellas ofrece la desventaja de que la persona que toca el tapón con las manos o que lo deja impropriadamente en cualquier parte, al meterlo para tapar la botella, contamina la parte interior por donde tiene que pasar después el líquido.

CON EL TAPON PATENTADO DEL PORRON BAU, se garantiza la pureza del aceite hasta la última gota de su contenido, por cuanto no se puede meter la tapa dentro del gollete: lo cubre externamente (tapa por afuera).

NO SE ENCIERRA AIRE Y ACEITE DENTRO de los porrones, porque cada envase se llena íntegramente y se cierra después de practicado el vacío. La enorme ventaja de aislar el aceite del aire, es el fundamento más esencial de este invento de la casa Bau.

NO QUEDA UNA SOLA GOTA DE ACEITE EN LOS PORRONES VACIOS, porque, rematando en cúpula cada envase, se desliza hacia ella hasta la última gota de aceite.

NI EL HOLLIN, NI EL POLVO, ningún cuerpo extraño, ninguna impureza puede entrar en los porrones de aceite Bau, porque resbalarían por la cúspide y por la parte de afuera de la tapa.

NO SE CHORREA ACEITE, no se pierde aceite como en las latas comunes, porque, gracias a la disposición de la cúspide del porrón y de su boca, el aceite sale sin correrse y sin derramar.

PIDANSE PROSPECTOS EXPLICATIVOS.

NO SE HA AUMENTADO EL PRECIO.

El costo de cada porrón vacío, es igual al costo de la lata común y, por lo tanto, la casa José Bau entrega el aceite en porrones a exclusivo beneficio de los señores consumidores, sin el menor aumento de precio.

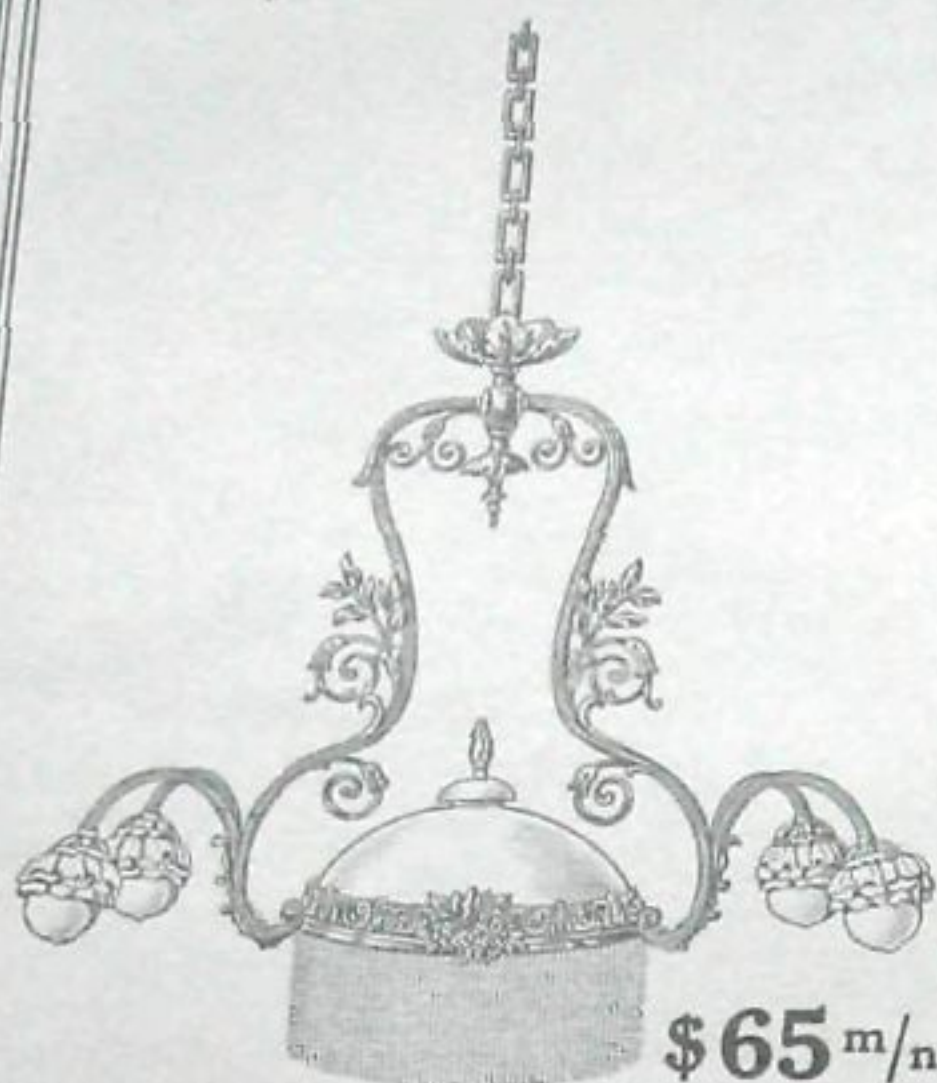
DE VENTA EN TODA LA REPÚBLICA. PIDASE POR SU NOMBRE: "PORRON BAU".

Agencia del aceite "Bau", en Buenos Aires

Freixas, Urquijo y Cía. - B. Mitre, 1411



El lujo de un comedor



Hermosa araña de bronce francés, cincelado fino. Tiene 5 luces, pantalla central de cristal fantasía y fleco que suaviza la luz y realza la presentación.

COMPLETA y COLOCADA, con lámparas filamento metálico

\$65 m/n.

HEINLEIN & Cía.

1402, Avenida de Mayo, 1500 - Buenos Aires

Un Comedor de roble macizo



N.º 3461 A. — Compuesto de:

1 APARADOR

1 TRINCHANTE

1 MESA

6 SILLAS

\$ 295 m n.

Embalaje gratis.

EL TELEÓPTICO

DE CÓMO SE PODRÁ VER A DISTANCIA POR MEDIO DE LA CORRIENTE ELÉCTRICA.



EN COMUNICACIÓN ANTE EL APARATO TRANSMISOR.

Mucho se han devanado los sesos inventores y sabios buscando solución al problema de transmitir las imágenes por medio de las corrientes eléctricas. En fuerza de trabajo se ha llegado a la maravilla de reproducir una fotografía a muchos kilómetros de distancia. El fenómeno, aunque sorprendente, no es nuevo. Se trata de un perfeccionamiento del *pantégrafo* de Casselli, aparato que en 1863 permitía transmitir de Amiens a París el texto autógrafa de un despacho o la reproducción exacta de un dibujo.

Hoy, algunos periódicos reciben por alambre telegráfico o por cable la reproducción de una fotografía, con su claroscuro correspondiente.

Pero no se trata de eso. Lo que se quiere es ver sin el intermedio de la fotografía, que sólo fija un momento de la existencia.

¿Es esto imposible? De ninguna manera.

Hay un metal, el selenio, que posee la maravillosa propiedad de hacerse buen conductor del fluido eléctrico, cuando se le coloca a la luz, y de ser mal conductor cuando está en la obscuridad. Esta cualidad tan preciosa como inexplicable, permitirá ciertamente llegar a la solución del problema que nos ocupa. Veamos una solución *probable*.

Supongamos una pequeña habitación en uno de cuyos tabiques se coloca un objetivo poderoso, provisto, si se quiere, de un doble prisma de espato de Islandia con el objeto de obtener una reflexión total y una imagen no invertida. Iluminemos fuertemente la habitacioncita en cuestión, y coloquemos en ella el objeto cuya imagen queremos transmitir. La imagen proyectada se dibuja en una pantalla de vidrio esmerilado, reducida a un tamaño tan pequeño como nos plazca.

Si un lápiz de selenio recorre la superficie de la pantalla, se hará conductor de la electricidad cuando encuentre un claro y mal conductor cuando llegue a una zona oscura. Ya tenemos el transmisor. Veamos ahora cómo puede formarse un receptor apropiado.

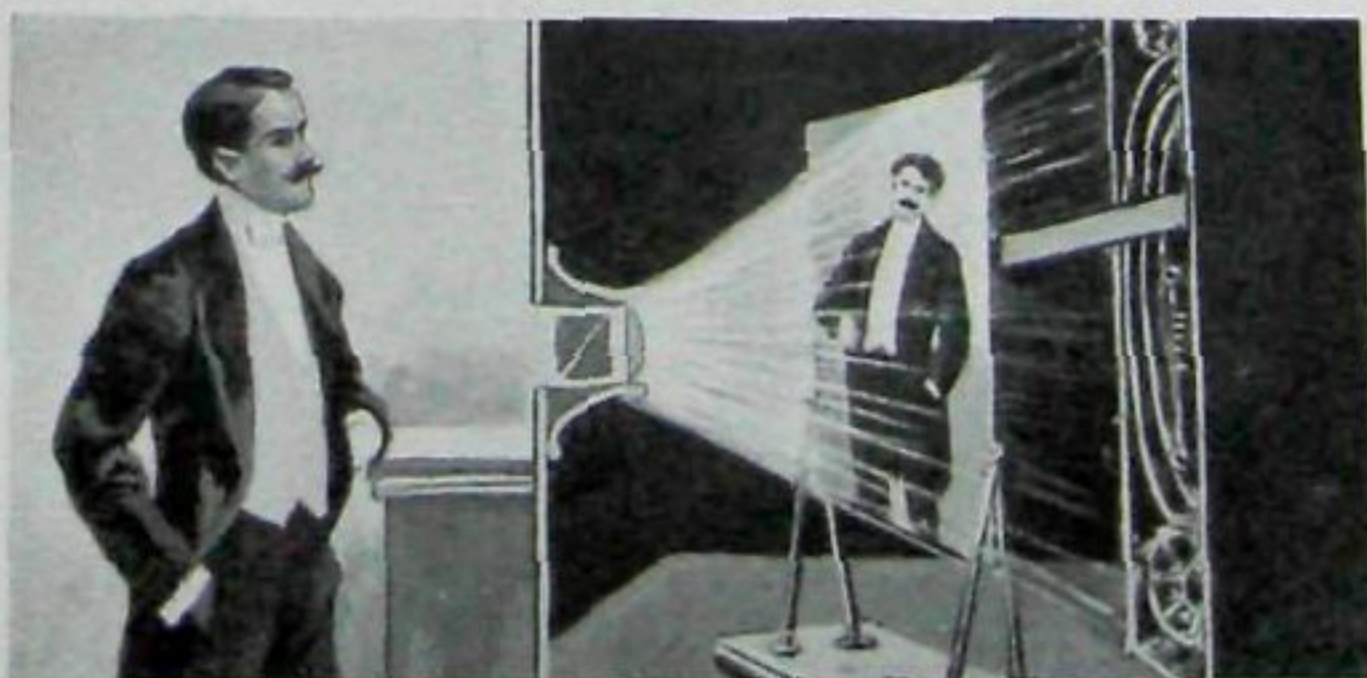
En el extremo del lápiz de selenio hay un conductor eléctrico, interrumpido solamente por la pequeña masa del curioso metal. Este conductor va a parar a una lamparita eléctrica, que se enciende o se apaga según las alternativas del paso de la corriente. Una pantalla de cristal deslustrado recibe la luz proyectada por la lamparita.

Explicados ya el receptor y el transmisor, veamos cómo funcionan: el objeto cuya imagen vamos a transmitir, se coloca en la cámara fuertemente iluminada y su imagen se proyecta sobre la pantalla de dimensiones pequeñísimas. El lápiz de selenio la recorre con gran celeridad, mientras la lámpara efectúa idéntico movimiento en la estación receptora. A cada zona clara por donde pasa, deja el selenio pasar la corriente y entonces se enciende la lámpara de la estación receptora, y a cada sombra la luz se extingue por falta de corriente, dada la resistencia que el selenio opone.

Tendremos, pues, en la pantalla de la estación receptora una imagen en claroscuro del objeto colocado en la cámara iluminada, a condición de que el recorrido total del lápiz de selenio se verifique en una décima de segundo.

La razón de esto es la persistencia de la imagen en la retina, pues es preciso que la totalidad de los puntos luminosos y oscuros pase ante nuestros ojos en ese plazo rapidísimo, para que haya continuidad en la imagen. Lo mismo ocurre con las proyecciones cinematográficas, esto es, que cuando una imagen reemplaza a otra, aun no se ha borrado de nuestros ojos la primera, y nos parece por eso que es la misma.

¿Será posible fabricar un aparato de esa clase? Es probable. Por lo menos *teóricamente* no ofrece duda alguna. La experiencia vendrá luego a decir cuál es la disposición que conviene dar a cada uno de los elementos que han de resolver el problema. Cuando este se resuelva, causará maravilla poder ver a la persona con quien se habla por teléfono, sin más que instalar a ésta en la cámara destinada a la transmisión de imágenes.



APARATO TRANSMISOR DE LA IMAGEN. EL EXTREMO DEL LÁPIZ DE SELENIO RECORRE LA PLACA DE CRISTAL DESLUSTRADO. EL APARATO RECEPTOR ES ANÁLOGO A ÉSTE, SALVO QUE EL LÁPIZ DE SELENIO ES REEMPLAZADO POR UNA LÁMPARA ELÉCTRICA.



ALTA GRACIA

PARA SALUD Y PLACER

SIERRAS HOTEL-CLUB

DOTADO DEL MÁS REFINADO
CONFORT MODERNO.

Temperatura ideal. Clima
recomendado por todas
las eminencias médicas.

Canchas de
"GOLF", "TENNIS"
y otros sports.

A UNA NOCHE DE BUENOS AIRES

Boletos de combinación, viaje
de tren, ida y vuelta, con cama,
y 8 días de estadía en el hotel,

\$ 126.25

Para informes:

F. C. C. Argentino, Bartolomé
Mitre, 299, Expreso Villalonga
y Gerente del Sierras - Hotel.

CASINO

CON LOS MISMOS RECREOS DE MONTE CARLO
Autorizado por ley de la Provincia de Córdoba.

ABIERTO TODO EL AÑO



TENGA USTED PRESENTE QUE es de un interés capital a toda señora amante de su propia belleza, envolver su cuerpo en un CORSE dotado de suma perfección, requisito indispensable para amoldar su vestido sobre el mismo, y lucirlo con la soltura y flexibilidad propia de la mujer distinguida. Para conseguir esto, TODAS LAS SEÑORAS deben dirigirse a la CASA IZQUIERDO, privilegiada y favorita del MUNDO ELEGANTE. Solicite usted muestras y precios, para la confección sobre medida, a la CASA IZQUIERDO,

490, Carlos Pellegrini, 490

Buenos Aires.

CURIOSEANDO



AUTOFAGIA. — Como la palabra esta ha quedado para designar un vehículo con cuatro ruedas, que anda sólo y que hunde mal, podría alguien creer que autófago es el que se come un auto.

Nó: autófago es el que se come a sí mismo.

Los naturalistas aseguran que el grillo, emborrado en una jaula pequeña, se entrega a este extraño deporte.

El saltamontes devora su cuerpo, hasta que la importancia del déficit pone término a sus días y a su apetito.

Animales de un orden más elevado, como el zorro, su hembra y la marta, se mutilan con sus dientes cuando tuen en un cepo.

La conducta de las fieras es más enigmática. El señor Hagenbeck, excelente persona, cita dos leonas que se comieron sus colas respectivas.

Un tigre real de la misma casa de fieras hizo lo mismo, no queriendo que su rabo quedara por desollar.

Una hiena siguió este triple ejemplo; pero al descollarse lanzaba carcajadas de alegría. Sin embargo, sus heridas eran tan graves, que la pobre hiena siguió a su rabo a la sepultura.

Los naturalistas explican la autófagia por una enfermedad del sistema nervioso. Es rara en el hombre; sin embargo, hay personas que se muerden los labios y se comen las uñas. Esto puede ser un principio de autófagia, un principio poco apetitoso, pero principio al fin.



LOS BIGOTES DEL KAISER. — Uno de los rasgos más característicos de la fisonomía del kaiser es el bigote.

Hace cerca de veinte años, entre los ayudantes del emperador, se encontraba el mayor von Benckz, famoso por su dandismo.

Una mañana, el mayor ordenó a su peluquero, Herr Haby, que le arreglase el bigote de un modo original. Momentos después, las guías del bigote del mayor von Benckz se enfilaban belicosamente hacia la frente.

Von Benckz, ya satisfecho de su innovación, sintióse mucho más al ver que el kaiser se le acercaba y le felicitaba por la forma original de llevar el bigote. Y el felicitado dió el nombre de su peluquero. Inmediatamente, el kaiser mandó a buscar a Herr Haby. Media hora más tarde el bigote de Guillermo II había tomado la forma que hoy lo caracteriza, y Herr Haby fué nombrado peluquero de palacio. Había hecho su fortuna.



HUELGA DE OLAS. — En un teatro del mediodía de Francia se representaba *La tempestad*, de Shakespeare.

Diez comparsas, ocultos bajo una tela verde, tenían la misión de hacer el mar.

Cobraban un franco por noche; pero el negocio iba mal y el director les rebajó el salario a 50 céntimos. Los comparsas se enfurteraron y tramaron una conspiración terrible.

Aquella noche, cuando en el curso de la representación llegó el momento de la tempestad, el trueno zumbaba, los rayos surcaron el pintado cielo, pero el mar permanecía inmóvil y sereno, como una balsa de aceite.

El director corrió apurado y gritó a los comparsas:

— ¡Hola, moveos!

Pero no había olas que valieran.

Una voz gritó:

— ¡Queremos un franco!

El público empezaba a impacientarse.

Aterrado el director, exclamó:

— ¡Os daré el franco, bandidos!

Entonces, las comparsas comenzaron a hacer el mar y la mar de movimientos. Las olas eran tan gigantescas, que la tela verde se rasgó, dejando al descubierto diez cabezas peludas.

Eran los «trabajadores del mar».



BARBARIDADES. — Un periódico feminista dice lo que cuestan las mujeres en los pueblos que nosotros llamamos bárbaros.

En Camtchaska cuesta una hembra dos renos. En Cafrería (ahí cerca), de tres a diez buyes, según su belleza. Allí, para piropear a una café guapa, se la dice:

— ¡Vale usted lo menos ocho buyes!

En Uganda vale una mujer seis agujas y un paquete de cartuchos. En la costa septentrional de Australia se paga el peso en manteca. Cuanto más manteca es una señora, más manteca hay que dar por ella. Hay australianas que se derrieten de amor.

Los tártaros dan por una hembra, en su propia salsa, una caja de cerillas. Esto no es un cuento tártaro, no; lo dice un periódico feminista, y cuando él lo dice...

Esto es indigno. ¡Aun habrá tártaro que llame a su compañera con esposa!

Las mujeres europeas valen mucho más. Algunas resultan demasiado caras.



La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para
señoras y niños.
Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires



PLVS VLTRA

ILUSTRACIÓN ARGENTINA

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/55 - Bs. Aires

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).... \$ 3.- m/a.
Semestre (6 ").... \$ 6.- "
Año (12 ").... \$ 11.- "
Número suelto..... \$ 1.- "

EXTERIOR

Año..... \$ oro 5.-
Número suelto..... " 0.50



PRODUCTOS DE RÉGIMEN

BISCOTINA N.º 1 — Producto dietético para dispepticos.

BISCOTINA N.º 4 — Producto dietético dextrinizado y apto para diabéticos.

BISCOTINA N.º 5 — Producto dietético, indicado para las dispepsias hiperclorhidricas, y diabetes nefrítica.

BISCOTINA N.º 6 — Producto dietético para nefríticos.

Basta adoptarlos una vez para convencerse de su valor higiénico.

A. CARPINACCI E HIJOS.

CALLAO, 2036 - CHARCAS, 1536 - BUENOS AIRES.

Máquina de escribir

CONTINENTAL

El idolo de las administraciones y mecanógrafos.

“CONTINENTAL”



Tiene 90 signos, mientras que todas las demás marcas tienen solamente 84.

La Máquina de Escribir más perfeccionada, provista de todos los últimos adelantos técnicos.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

Unicos Introdutores:

“LA CONTINENTAL” - Curt Berger y Cia.

Buenos Aires.

RECONQUISTA, 379.

Se enseña a escribir a máquina en nuestro local.

Gran Casa Editorial

Maucci Hnos. e hijos

Unión Telef., 4233, Libertad - Callao n.º 368. - Buenos Aires.

Sucursales en Milán, México y Habana. — Librería y Papelería, la mejor surtida. — Manuales de artes y oficios. — Novelas, libros de texto y para obsequio. — Obras en castellano, francés y en italiano. — Artículos de escritorio y de colegio. — Últimas novedades en papeles de escribir. — Encuadernaciones, impresiones y timbrados. — Revistas extranjeras y del país. — Figurines de última moda, por todos los correos. — Se admiten abonos y suscripciones. — Protectoras de cheques y timbrados en seco.

Dirigir los pedidos a

Maucci Hnos. e hijos

Avenida Callao n.º 368 - Buenos Aires.

Durante los grandes calores

cuando más nos atormenta la sed, se cometen las mayores faltas gástricas. El exceso de bebidas heladas y de frutas de toda clase, producen los inconvenientes gastro - entéricos, como:
Dolores de Estómago, Disentería, Diarrea, Gastralgia, etcétera. Para curar estos disturbios, los mejores médicos recomiendan el

MENTO - TIMOL - TEGAMI

Este precioso medicamento calma los dolores instantáneamente y casi siempre a la primera cucharada. No debe faltar en ningún hogar. Indispensable para el campo y en viajes.

Premiada Farmacia
TEGAMI,
210, C. Pellegrini.
Buenos Aires



IRIBARNE y Cia

Automóviles y Carruajes
para paseos, casamientos, etc.

ATALAJES DE LUJO
EN ABONO MENSUAL

Servicios Fúnebres

No confundir: Tacuarí, 344

Teléfonos: Unión, 446 y 1513, Libertad. - Cooperativa, 652, Central

LA CARBONERA QUE LLEGÓ A EMBAJADORA

Una de las figuras femeninas más novelescas de la historia, en los comienzos de la época moderna, fué Lady Hamilton, que desde los bajos fondos de Londres, pasando por todos los escalones de la sociedad, subió a embajadora de Inglaterra, para terminar casi a las puertas de la miseria.

Fresca y extraordinariamente bella, rubia, con ojos azules del tipo ingenuo de un Grenze, poseía todos los atractivos que pueden hechizar a los hombres.

Se pretende haberla visto en las calles de Londres con zuecos, en un puesto de frutas, donde servía como criada; sucesivamente pasó por ser vendedora de carbón, niñera, criada, y dependiente en un almacén, y aun se dice que peores destinos. El trato con actores y pintores, — cuyos estudios visitó como modelo, — dieron a Emma ese arte de cuadro viviente que determinaron sus posteriores éxitos en los salones.

El anciano barón de Fetherstonehang, la inició en la vida del gran lujo; abandonada, cae otra vez en el fan-



LADY HAMILTON (Cuadro de Romney)

go, sirve de medium en las sesiones de dudoso magnetismo del doctor Graham, y, por último, se hace amante de sir Charles Greville, quien la obliga a estudiar, aprendiendo presto a escribir, música, canto, etc.

Sir William Hamilton, embajador de Inglaterra, hombre de cincuenta y ocho años, locamente enamorado de la ex carbonera, después de llevar algún tiempo con ella, resolvió casarse para acabar con aquella situación irregular.

La nueva gran señora, a pesar de las burlas y sarcasmos, fué recibida en la alta sociedad, donde triunfó por su belleza y su talento.

En sus viajes sirvió de confidenta entre María Antonieta, la reina de Inglaterra y la de Nápoles.

En Nápoles conoció a Nelson, capitán de navío a la sazón, y sus almas se compenetraron en el acto.

El escándalo fué tal, que Jorge III concluyó por llamar a sir William, quien, muerto repentinamente sin testar, dejó a su esposa sin medios de vida.

Nelson no abandonó a Emma, de quien tenía una hija; la encomendó a la patria al partir para Trafalgar, donde había de morir; pero Inglaterra no escuchó sus deseos y Emma murió tiempo después, casi en la miseria.

CASA VACCARO

Establecida en el año 1885. — Es la casa más acreditada de la República, en las operaciones siguientes: Cambio general de moneda; Compra y venta de Títulos de Renta, nacionales y extranjeros; Cobranza de cupones; Lotería Nacional y toda comisión bancaria que se le encargue. Correspondencia a Severo Vaccaro, Avenida de Mayo, 646, Bs. Aires.

ÚLTIMOS DÍAS

Liquidación completa

por cuenta de la Comisión Liquidadora de la Casa

MACCHI & RIVA

Automóviles
Camiones
Furgones de reparto

LORRAINE-DIETRICH

Bicicletas

PRINETTI-STUCCHI
HUMBER

Accesorios en general.
Precios de remate.

Esmeralda, 444



PABST

Generaciones sanas, generaciones llenas de vigor físico y de energías mentales; he ahí el resultado que el mundo está obteniendo desde que por todos sus confines se ha popularizado este producto maravilloso.

En Farmacias y Almacenes.

BELLEZA NATURAL



Más de dos millones de señoras usan el célebre Jabón

PALMOLIVE

con preferencia a cualquier otro, para conseguir y conservar la belleza natural tan envidiada.

En el Jabón PALMOLIVE las señoras encuentran las famosas ayudas naturales para la complexión de su cutis, o sean los aceites de Palma y de Oliva, que desde hace más de trescientos años han sido usados por las mujeres más lindas del mundo.

Con el Jabón PALMOLIVE los cutis más delicados se mantienen suaves, aterciopelados y hermosos, y al mismo tiempo que los libra de impurezas, les imparte una tersura sin igual, peculiar solamente de las Bellezas más admiradas.

El Jabón PALMOLIVE produce una abundante espuma, tanto en el agua dulce como en la salobre, a cualquier temperatura.

El delicado color verde que lo caracteriza, es debido únicamente a los aceites de Palma y de Oliva, tan científicamente combinados en este jabón, de justa fama mundial.

Su exquisita fragancia es como una brisa del Oriente.

El Jabón PALMOLIVE es el más económico y el de más rendimiento, pues sólo cuesta 0.40 centavos el pan de tamaño grande. Su peso neto es de 115 gramos.

Pida Jabón PALMOLIVE en la botica más próxima a donde Vd. se encuentre. No admita sustituto.

Mandamos muestras, GRATIS, a quienes las soliciten, acompañando cinco centavos para su envío a GREBE & DIEBEL - Suipacha, 467 - Buenos Aires

Los pedidos de muestras para el Uruguay, deben hacerse acompañados de un centésimo para su envío, a

GUSTAVO GARCIA
Calle Reconquista 501
Montevideo

